

Libro II

Bajo el Consulado (1800-1804)

1. Una situación y un hombre

Había pasado un año desde que el general Bonaparte desembarcara de forma inopinada y sin ruido en la playa de San Rafael¹.

El Consulado se afirmaba. Una nueva organización de las finanzas aseguraba ahora recursos al Tesoro. En los campos de batalla la victoria se había unido a la bandera tricolor, como mensajera de una paz duradera que todos deseaban y muchos creían muy cercana. El orden sucedía progresivamente a la anarquía, la confianza al temor, la esperanza a la duda. Entre las manos enérgicas de un joven jefe cuyo prestigio seguía creciendo de día en día, Francia se sentía vivir.

La legislación antirreligiosa del Directorio estaba vigente aún, y la oración no era realmente libre; pero se sabía que el Primer Cónsul era partidario de un acercamiento a Roma y, un poco por todas partes, a pesar de las molestias suscitadas por las autoridades locales, el catolicismo se atrevía a manifestarse en público. En todas las ciudades se habían abierto oratorios. Se veía reaparecer a la luz a los sacerdotes a quienes la persecución había obligado a esconderse y volvían los que habían tenido que huir al extranjero.

Después de tres años de estancia en España, el P. Guillermo-José Chaminade llegó a Burdeos poco antes de Todos los Santos de 1800.

Aunque no pertenecía a la diócesis por su origen, no era un desconocido en la capital de la Guyena. Cuando vino por primera vez del colegio-seminario de Mussidan a unirse a los jóvenes eclesiásticos que estudiaban la teología en la universidad, el país estaba embarcado en los asuntos de América y Necker se agotaba tratando de llenar las arcas reales, que no tenían nada de dinero.

Décimocuarto y penúltimo hijo de un «burgués» de Périgueux, que tenía ya dos hermanos ordenados, nuestro joven clérigo fue de inmediato bien acogido y fraguó rápidamente varias amistades duraderas. Frecuentó asiduamente al P. Lacroix y al P. Rauzan, que rodeaban con los cuidados más entregados a los aspirantes al sacerdocio. El más eminente y santo de todos sus maestros, el P. Simon Langoiran, le profesó una particular estima y un profundo afecto. No es, pues, llamativo que lo encontremos allí diez años después.

Ya antes del exilio era sacerdote y la Revolución le había obligado a cesar su ministerio de educación en Mussidan, donde era administrador del colegio. Con la ayuda de su amigo, el P. Langoiran, que era entonces uno de los doce vicarios mayores de Mons. de Ciccé, adquirió una propiedad cerca de la ciudad. En caso de peligro, tendrá un lugar de retiro. Sus viejos padres están instalados allí y él mismo se ha asegurado, además, un domicilio en la calle de la Abadía, en pleno centro del conglomerado urbano.

Uniendo desde entonces sus trabajos a los de sus hermanos, comparte con ellos todas las angustias y peligros de esta época.

Durante cinco años, en su oratorio de la calle Santa Eulalia o en casas particulares, abiertamente o en secreto, según domine la tolerancia o la persecución sangrienta, lleva la ayuda de su celo y de su ministerio a cuantos puede alcanzar. Bendiciendo matrimonios, bautizando a recién nacidos, asistiendo a moribundos, dirigiendo almas piadosas, predicando retiros, formando a la juventud, es muy pronto uno de los sacerdotes más conocidos y estimados por los católicos. El administrador de la diócesis, el sacerdote Boyer, no dudó en encargarle la reconciliación de los sacerdotes juramentados. La misión es la más delicada de todas y él la cumple con prudencia, tacto, caridad y éxito. ¡Y no tiene aún 35 años!

A menudo apenas falta nada para que caiga en manos de los revolucionarios. Disfrazado un día de estañador, otro de vendedor ambulante; tomando, según conviniera, aires de burgués o el caminar pesado del obrero; yendo unas veces en coche, otras a caballo;

¹ El desembarco tuvo lugar el 9 de octubre de 1799. El P. Chaminade regresó a Francia de su exilio en Zaragoza, el año 1800: probablemente en el mes de noviembre, pues el decreto que permite el regreso de los sacerdotes exiliados es del 20 de octubre (N.E.).

guardando siempre una gran presencia de espíritu y una sangre fría imperturbable, escapa a todas las búsquedas y pesquisas. Con el paso del tiempo, la muerte, las huidas al extranjero y las ejecuciones disminuyen el número de sacerdotes que quedan en Burdeos; ya solo son unos veinte. El celo del P. Chaminade se hace más activo y su influencia se extiende cada vez más.

En la primavera de 1797 cree que la persecución termina, y ya no se esconde. Pero es tan solo una falsa calma. El golpe de Estado de 18 Fructidor provoca la vuelta de todas las leyes y medidas de excepción contra los emigrados y el clero. De golpe, Guillermo-José Chaminade se ve en situación irregular, como emigrado que ha vuelto de forma clandestina. Si no ha sido encontrado es porque está en el extranjero, concluye la policía, y en 1795 lo inscribe en las listas de emigración. En ellas sigue en 1797, a pesar de los certificados que ha presentado para probar su residencia continuada en Burdeos desde 1790. Así que, si lo arrestan, será para comparecer ante la Comisión militar y, con la sola constatación de su identidad, ser pasado por las armas en veinticuatro horas. ¿Qué hacer? Es ya demasiado conocido para escapar a las denuncias y búsquedas. Declara querer ir a España, recibe un pasaporte, y toma el camino de Zaragoza, a donde llega el 11 de octubre.

El exilio dura tres años. A los sacerdotes franceses no se les permitía ningún ministerio. En el colegio San Juan Bautista, donde se alojaba, en el santuario de Nuestra Señora del Pilar, el sacerdote desterrado pudo libremente rezar y elaborar un programa para el día en que volviera a Francia.

Es evidente que la Revolución dio el último golpe a un edificio socavado desde la Reforma. Había caído un régimen. Había terminado una agonía. Había que recomenzar con nuevos presupuestos, volver a crear, por así decirlo, desde la base, una sociedad cristiana. La evangelización de las masas sería indispensable, pero los esfuerzos de los misioneros serían poco fructíferos sin una nueva organización del apostolado y de la vida cristiana. Las parroquias respondían a las necesidades de tiempos de fe. En adelante serían insuficientes, suponiendo que la situación política permitiera rehacerlas. Estaban hechas para reunir a las masas cristianas; pero serían impotentes el día de mañana para reorganizar a creyentes numerosos, para morder la indiferencia y el paganismo, para absorber a los convertidos y asegurar su perseverancia. El ministerio parroquial tendrá que ser preparado, acompañado y sostenido por otro ministerio más dúctil y dinámico.

Metido en estas reflexiones, el espíritu de Chaminade se traslada a los primeros tiempos de la Iglesia. ¿Qué hicieron los Apóstoles y sus sucesores en todos los grados de la jerarquía hasta el día en que las masas fueron cristianas? Recorriendo el mundo antiguo; en cuanto habían comunicado la fe a algunos que les escuchaban, los organizaban en comunidad. Los medios humanos que sostenían el celo de los primeros cristianos eran asambleas frecuentes, una estrecha unión entre todos, una asistencia mutua en toda circunstancia, la existencia de dirigentes activos y entregados. En cuanto podían vivir a la luz, estas sociedades sólidamente organizadas eran además el argumento más eficaz a favor del cristianismo; su sola vista provocaba nuevas conversiones. Y, poco a poco, conquistaron el mundo grecorromano.

En una situación semejante a la del inicio de la era cristiana, parecía plenamente indicada la vuelta a una táctica que había tenido éxito. En cuanto lo permitieran las circunstancias, se hará surgir en Francia asociaciones en las que sus miembros encontrarán las ayudas y ventajas de que los primeros cristianos gozaron en sus comunidades. Como en el pasado, estas asociaciones serán medios de vida cristiana, instrumentos de propaganda, pruebas irrefutables del valor del cristianismo, un medio rápido de conquista. ¿No es precisamente el método preconizado por un Padre Linsolas en León? ¿El método adoptado por varias diócesis y que el P. de Castéran intenta aplicar en la de Tarbes, de acuerdo con el P. Chanvalon, impulsados por Mons. de Gain-Montaignac?

Es de suponer que los resultados variarán con la edad.

Desde hace cincuenta años sobre todo los Voltaire, Diderot, Rousseau, D'Alembert y todos los agentes de la *Enciclopedia* han extendido tantas ideas falsas que pocos adultos, sin duda, responderán a la llamada de los nuevos misioneros. La presente generación está como

perdida: salvarán lo que puedan de ella, pero sin detenerse en esfuerzos inútiles. Lo importante no es ir deprisa, sino asegurar unos cimientos sólidos para el futuro. Y en esta óptica, buscarán acercarse a la juventud de ambos sexos. Con la experiencia de los fracasos de sus mayores, caminarán gustosos por nuevos caminos. La atraerán, la organizarán, la instruirán. Se entusiasmará con la renovación cristiana. La obra será como una bola de nieve y la recristianización de la sociedad progresará al ritmo del reclutamiento, de la multiplicación de los grupos a los que se dirigen.

Estas congregaciones vivirán bajo el patrocinio de la Virgen Inmaculada y tendrán un carácter mariano muy pronunciado. ¿No ha reservado Dios a Nuestra Señora un lugar único, una misión especial en el plan de la Redención? ¿No está ella asociada al Salvador como Nueva Eva y Esposa del Verbo? Cada cristiano es un miembro del Cuerpo Místico de Cristo. Como la Cabeza, cada miembro es concebido en María y cada miembro debe nacer de María, crecer bajo la influencia y por los cuidados de María. Un alma alcanza su nivel de perfección tanto más rápida, fácil y seguramente cuanto mayor sea el lugar de María en su vida personal. Un apóstol ejerce una acción tanto más eficaz cuanto más participe su ministerio en la misión universal de la Virgen corredentora. En las futuras comunidades cristianas, gracias a la enseñanza y dirección que recibirán, los bautizados tomarán conciencia de su dependencia mariana y sacarán provecho de ella.

¿No es ese carácter mariano el que en el pasado contribuyó al éxito de las congregaciones formadas y dirigidas por la Compañía de Jesús? Estas organizaciones, adaptadas, volverán a encontrar vida y fecundidad; servirán de bases de lanzamiento para la cruzada de los tiempos modernos. En su origen fueron grupos de tendencia a la perfección para los selectos de cada estado. Más tarde agruparon a las masas de cristianos celosos que querían oponerse a los progresos del protestantismo y hacer triunfar la ortodoxia. Mañana serán instituciones en las que y por las que, en medio de la indiferencia general, todas las buenas voluntades llegarán a la práctica habitual, sincera y pública de un verdadero cristianismo. Antes, reclutadas entre cristianos fervorosos, aseguraron la existencia de una selección dinámica; en el futuro, reclutarán sus miembros en las masas descristianizadas para proporcionar a la Iglesia masas de fieles.

Guillermo José Chaminade no tenía nada de iluminado. Antes de tomar su decisión, reflexionó y consultó sin duda a personas prudentes. Cuando en septiembre de 1800 su contacto en Burdeos le transmitió la extensión de la lista de emigrados, se convenció de que su vocación era promover estas congregaciones marianas que ya había pensado, para reemplazar las parroquias provisionalmente al principio, y luego completarlas. Su amigo, el metropolitano de Auch, Mons. de la Tour du Pin, también exilado en Aragón, acababa de intervenir para facilitarle la labor y obtener de Roma el título de «Misionero apostólico» en su favor.



¡Ruinas! Es la palabra que resume, en este otoño de 1800, las primeras impresiones del que vuelve a su ciudad tras varios años de ausencia. Estas impresiones se acentúan a medida que vuelve a recorrer la ciudad. La población ha disminuido al menos en veinte mil almas. Los barcos mueren anclados en el puerto. Los almacenes siguen obstinadamente cerrados. Todas las fachadas han envejecido por falta de mantenimiento. Con su tejado que lleva aún las amplias marcas del incendio acaecido en 1787, con sus naves y sus capillas que, tras servir de almacén de piensos, de templo decenario² y de salas de reunión para las fiestas cívicas, y guardando como estigmas las marcas de todas estas profanaciones, la antigua catedral de San Andrés parece una enorme herida agonizante. Las otras iglesias, todas más o menos mutiladas, cerradas, entregadas a toda clase de usos u ocupadas por el cisma, no

² Se refiere al culto cívico introducido por la Revolución francesa y su calendario republicano, que dividía los meses en tres periodos de diez días cada uno (N.E).

ofrecen un aspecto mejor. Ninguna está intacta. Es lamentable ver esos grandes ventanales tapiados o privados de sus vidrieras, esos frontones con los cristos rotos, esos tímpanos estúpidamente golpeados, esas peanas sin estatuas, esos porches afeados con carteles o paneles de madera que el espíritu mercantil y sectario ha fijado torpemente en la piedra en que el alma religiosa de los siglos pasados cantaba tan bien para todos los transeúntes sus poemas plenos de gracia, de ingenuidad y de fe. Y si, a través de las calles donde en todo momento una vieja mansión presenta un nicho vacío, como un ciego sus órbitas sin ojos, el exilado que ha vuelto va buscando los veinticinco conventos que, con catorce iglesias parroquiales, decían en otro tiempo la vida cristiana de los bordeleses y constituían para ellos un tesoro, su piadosa peregrinación se hace de inmediato tan dolorosa que no tarda en interrumpirla. Por todas partes el expolio ha transformado estas casas de oración y de paz en edificios sórdidos, entre los cuales va y viene gente indiferente, de tipo exótico en su mayoría. Aquí y allá, en una manzana de viviendas, llama la atención una brecha: es reciente. Un edificio religioso se elevaba antes en este lugar: al demolerlo, la piqueta de los ateos ha herido las construcciones vecinas que no pueden sustraer a las miradas su fealdad acusadora y vengativa.

¿Y las almas? Si el sacerdote que vuelve de incógnito pudiera leer en los corazones de todos esos hombres, de todas esas mujeres, de todos esos niños que encuentra en su camino, ¿en cuántos descubriría un pensamiento religioso, un interés por la vida interior, una preocupación de celo? Desde hace diez años ¡cuántos bautismos omitidos, cuántos catecismos y primeras comuniones imposibles, cuántas uniones irregulares, cuánta ignorancia, cuántos prejuicios acumulados, cuántas costumbres paganas adoptadas! No se ha reclutado el clero: cincuenta y cuatro sacerdotes o religiosos han muerto en la guillotina; otros han fallecido; otros se han marchado y ya no volverán; otros, por desgracia, han traicionado la causa de Dios y, aunque algunos repararán sus escándalos, otros seguirán siendo lobos en el rebaño; otros se ven consumidos por la edad y por una vida de proscritos. ¿Cuántos obreros quedan aptos para la labor urgente y sobrehumana que exigen las circunstancias?

Todos estos pensamientos obsesionan el espíritu reflexivo de Guillermo-José Chaminade, mientras en los primeros días de su retorno se acerca al anochecer a su propiedad de San Lorenzo por el camino de Tondu. Gracias a Dios, aún existe una jerarquía en la diócesis. Mons. Champion de Cicé sigue estando en Inglaterra, pero entre sus vicarios episcopales el señor Boyer pudo seguir todo el tiempo en la ciudad y al señor de La Porte lo esperan de un día para otro. Ambos conocen bien la situación y asegurarán los beneficios de una autoridad legítima. Además, no han sido aniquilados todos los resultados del celo desplegado antes del exilio. Si Guillaume Bouet se ha quedado en España, si los Damis, Joffre o Bidon están en el ejército, desde ahora el antiguo administrador de Mussidan puede contar con los Lafargue, Darbignac, Estebenet, Ducos, Dubosq, Rotis, Duchon, Capdeville y otros más. Entre las mujeres, está la intrépida señorita de Lamourous, las señoritas Fantin, Vincent, todas ellas almas selectas.

Así que, habiéndose asegurado de los sentimientos de varios jóvenes cristianos, preparados para todos los sacrificios, el confesor de la fe ya no duda. Llevará a la práctica el programa madurado en Zaragoza.

Diez años de irreligión y de persecución han destruido todas las instituciones del pasado. El recuerdo de su esplendor y de su función no se ha desvanecido aún del todo. Algunas personas piadosas, algunos hombres de fe conservan su espíritu. Aislados entre la masa indiferente o corrompida, desean su restablecimiento; llaman y desean que venga el apóstol iluminado que sepa utilizar las fuerzas del pasado para levantar las ruinas del presente y trabajar por un futuro cristiano. El medio y la hora son propicios. Guillermo José Chaminade ronda los 40 años, la edad de las realizaciones. Es pobre, tanto que no tiene otro mobiliario que el de su criada, pero en Burdeos, que tiene a su disposición sus riquezas cristianas y marianas de otros tiempos, aporta sin segundas intenciones su celo, su confianza, su experiencia de personas y lugares. En ausencia del piadoso sacerdote Lacroix, que sigue aún en

Portugal, la situación parece preparada para él: dócil a las circunstancias en las que su fe reconoce las órdenes de la Providencia, será el hombre de la situación.

2. Antes del concordato

La congregación comenzó el 8 de diciembre de 1800.

Estas palabras escritas por un testigo en una simple hoja suelta, son para la obra del P. Chaminade una auténtica acta de nacimiento.

Parece –indica el sacerdote Rigagnon– que la formó con elementos dispersos de la llamada de Sainte-Colombe, que el santo sacerdote Lacroix había dirigido hasta el momento de su exilio.

Las doce primeras columnas de la del P. Chaminade habían pertenecido a la precedente. El hecho no tiene nada de inverosímil. Hallamos en 1819 otra afirmación relativa a la unión entre ambas obras. Aun hoy día un erudito bordelés, el Sr. Ricaud, ha recogido sobre el terreno el eco de una tradición que hace de los primeros congregantes del P. Chaminade discípulos del piadoso párroco de Sainte-Colombe.

Pero la originalidad del P. Chaminade permanece completa. Lacroix se ocupaba solo de la juventud: los niños de las escuelas, los alumnos del colegio real, los estudiantes de la universidad. Su obra tendía a preservar y a formar para la vida. El P. Chaminade quiere reiniciar la evangelización del país sobre una nueva base, organizando, al margen de las parroquias, asociaciones cristianas fuertemente constituidas, marianas, dinámicas, capaces no solo de frenar la descristianización sino de recristianizar con rapidez y seguridad las masas hundidas en el materialismo. Para él se trata no tanto de preservar a los buenos como de organizar el contagio del bien, no tanto de cultivar un grupo selecto como de devolver directamente las masas a la práctica de un verdadero cristianismo, no tanto de sostener a los bautizados en la edad de la sollicitación del mal cuanto de tomar al hombre entero, desde la infancia a la muerte, no tanto de ponerse al servicio de las familias cristianas cuanto de realizar una labor misionera. *Nova bella elegit Dominus*: a situaciones nuevas, nuevos métodos.



El 2 de febrero de 1801, tras dos meses de preparación, con la mano sobre el santo Evangelio, los fundadores hacían la siguiente promesa:

Yo (solo el nombre), servidor de Dios e hijo de la santa Iglesia católica, apostólica y romana, me dedico y me entrego al culto de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. Prometo honrarla y hacerla honrar, en cuanto de mí dependa, como Madre de la Juventud. ¡Dios me venga en ayuda y sus santos Evangelios!

Sin someterse a ninguna obligación de voto ni juramento, se comprometían por honor a conducirse para con María según los usos de su congregación. Recibían una banda blanca como hábito mariano, y la bendición de la Iglesia, con la eficacia de los sacramentales, los constituía en estado de servidores e hijos de María, ya que establecía entre ellos y la Virgen una relación que les daba derecho a favores particulares cada vez que acudían a su Madre y Patrona.

Tenía que haber sido doce, pero la muerte había dejado ya un vacío.

El domingo 28 de diciembre, «a las tres de la tarde, a la edad de treinta y tres años y seis meses», Louis Alexis Descombes falleció en su domicilio, en el número 22 de la calle Santa

Catalina. Los últimos momentos del modesto sombrerero habían sido sin duda aliviados por la asistencia de sus amigos y el ministerio del P. Chaminade: Guillaume Darbignac, congregante fundador, es uno de los dos testigos en el registro civil.

Para reemplazar al difunto, los supervivientes inscribieron en su lista al sacerdote Pineau, adjunto de su director en la administración de la diócesis de Bazas. Es muy posible que el nuevo congregante hubiera tenido que pronunciar su consagración con los demás, el 2 de febrero, pero que entonces no pudo. Puesto en el catálogo antes de los hermanos admitidos a las pruebas los días 1 y 15 de marzo, no se comprometerá él mismo hasta el día de la Anunciación.

Este sacerdote no estaba fuera de lugar entre esos jóvenes laicos, ya que es indudable que eran un grupo selecto.

Eran Bernard Rotis, Guillaume Darbignac, Louis-Arnaud Lafargue, Jean-Baptiste Estebenet, Etienne Ducot, François Tapy, Pierre Capdeville, Jean Duchon, Pierre Dubosq y Alexandre Dubosq.

Bernard Rotis era clérigo. Frenado en su vocación por los acontecimientos de 1790, solo esperaba la pacificación religiosa para acceder a las órdenes sagradas. La congregación le debe la letra de su himno oficial y, una vez vuelto a su tierra, este tolosano seguirá en relación con ella hasta su muerte, acaecida hacia 1812.

Darbignac y Louis-Arnaud Lafargue, dos antiguos soldados del ejército de la República, valientes en la lucha, habían guardado bajo el uniforme toda la lozanía de sus sentimientos cristianos. Se estaban entonces preparando a dejar el mundo por la vida religiosa. Con 29 años, empleado de comercio, Lafargue abrirá desde el 2 de enero de 1802 una escuela para los niños pobres. Tomará el hábito lasaliano, dirigirá sucesivamente las casas de Burdeos, Auch, Montpellier, bajo el nombre de Hermano Eloy, y será en 1816 asistente del Superior general.

Un año más joven, cantero de profesión, «de gran apostura», Darbignac seguirá a su amigo y, convertido en Hermano Paulino, asumirá la dirección de un noviciado de su familia religiosa. Fallecerá de forma prematura, a consecuencia de sus heridas, el 6 de mayo de 1813, dejando el recuerdo y la pena de un religioso llamado a los puestos más altos.

Raymond Lafargue tenía 27 años. Primo de Louis-Arnaud, trabajaba en la instrucción y educación de la juventud. Varios años más tarde se casará, y seguirá fiel a la congregación en la sección de Padres de familia.

Juan Bautista Estebenet enseñaba también y, a los 24 años, dirigía un internado que iba pronto a ser uno de los más apreciados de la ciudad. De naturaleza rica y ardiente, con un alma de revolucionario, militaba en el Instituto filantrópico, dirigía la fabricación de cartuchos para la organización y presidía el barrio sur de Burdeos, bajo el nombre de Mauny. La confianza de los primeros jefes le investirá incluso del cargo de secretario. De él habla la Sra. de la Rochejaquelein en sus *Memorias*. En su casa se reunirán los antiguos miembros del Instituto, tras ser descubierto el complot realista en 1804. Muy hábil para despistar a la policía, jugará aún un papel importante en los sucesos del 12 de marzo de 1814³. Sus sentimientos religiosos van a la par con sus convicciones realistas. Tras la Revolución de julio entró en la Compañía de Jesús, recibió las órdenes y terminó su vida, en 1848, como procurador del colegio de Dole.

El zapatero Étienne Ducot, de 25 años, pertenecía a una de aquellas familias bordelesas en que el trabajo y las prácticas religiosas eran tradicionales y donde el recuerdo

³ Esta fecha es la de la primera abdicación de Napoleón y su destierro a Elba, así como de la vuelta del sistema monárquico a Francia en la persona de Luis XVIII. Para más detalles sobre los efectos de estos acontecimientos en la vida del P. Chaminade y en la Congregación, ver J. SIMLER, *Guillermo-José Chaminade, I*. Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2005, pp. 275-285; GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE, *Cartas I*, Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2011, pp. 143-151, ID. *Escritos y palabras, I*. Madrid, Servicio de Publicaciones Marianistas, 2012, nnº 86-90 (N.E.).

del P. Chaminade se ha conservado hasta nuestros días. Los Ducot serán numerosos en la congregación. Según el Sr. Ricaud, Étienne había sido discípulo del Sr. Lacroix.

Nacido en Castelnau, en el Médoc, el 3 de mayo de 1777, François Tapy recibirá la tonsura el 17 de diciembre de 1803, antes incluso de la apertura del seminario. Ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1808, solo celebrará una vez la santa misa: el 18 de febrero de 1809 sucumbió a una enfermedad que ya había retrasado sus estudios.

Jean-Baptiste Duchon, de la parroquia San Eloy, hijo de un maestro, entrará al seminario el 20 de octubre de 1804 y su gusto por la liturgia le valdrá ser encargado de la enseñanza y de la preparación de las ceremonias. Por desgracia, una enfermedad pulmonar se lo llevó a los 31 años el 28 de julio de 1812. Había recibido la ordenación el 23 de mayo anterior y no había subido al altar sino cinco o seis veces.

El estudiante Pierre Capdeville se destinaba también al estado eclesiástico, a pesar de lo duros que eran los tiempos. Nacido en Laurède, cerca de Aix, solo tendrá tiempo de edificar a sus hermanos. Morirá en febrero de 1802, pero durante mucho tiempo, asociando su nombre al de un joven camarada desaparecido algunas semanas más tarde, los congregantes cantarán en sus reuniones:

Capdeville y Fautoux, nombres queridos de la juventud,
nos gusta repetiros.
El brillo de vuestras virtudes honran a la juventud
ansiosa de imitaros.

Alexandre Dubosq solo vivirá unos meses más que ellos y dejará el mismo recuerdo edificante. De él escribió el sacerdote Rigagnon:

Hijo precioso, modelo de virtudes, arrebatado demasiado joven a las buenas obras y al espíritu de penitencia del que fue víctima... De él se puede decir, como de san Luis Gonzaga, que poseía en un cuerpo mortal las virtudes sublimes de los ángeles. Viendo a los niños de su barrio privados de toda instrucción religiosa, los reunía en su casa y, tomando un tono conveniente de autoridad, les enseñaba, con los elementos de las letras, el catecismo, para enseñarles a temer y servir a Dios.

Alexandre y Pierre eran hermanos de François, el joven que «solo, sin recursos, pidiendo, como los peregrinos de otros tiempos, pan y alojamiento por caridad», se había reunido con su director espiritual en Zaragoza, pensando poderle ser útil. Las virtudes cristianas no eran solo palabras en esta familia.



La preocupación por la calidad caracterizó además el reclutamiento durante todo el año 1801. Era una necesidad. La paz religiosa se restablecía muy poco a poco; había que tener prudencia y evitar pregonar un proselitismo intempestivo o indiscreto. Sobre todo, tratándose de encender un fuego al que los indiferentes vinieran a abrasarse, había que constituirlo con elementos fervorosos. Si un congregante conocía a un joven piadoso, lo introducía en la congregación, lo presentaba al director, a los jefes, a los congregantes; y comenzaban las pruebas. Unos dos meses más tarde, si el candidato había mostrado piedad, había sido asiduo a las reuniones y si expresaba el deseo de ser recibido como congregante, se convertía en miembro definitivo.

No estamos informados sobre cada caso, pero es un hecho que entre los nuevos del primer año hay muchos del mismo valor que los fundadores. Los Maignol, Forcade o Daguzan representan a las más honradas familias del comercio bordelés. Jérôme Labrouche y Pierre Dalga entrarán en el seminario en cuanto se reabra en 1804. Crépin Cahier, maestro, terminará su carrera de educador en la Compañía de Jesús, como Estebenet. El tonelero Jean-Baptiste

Bidon, antiguo combatiente de Italia, será uno de los fundadores de la Compañía de María en 1817. Étienne Ferlat ostentará el primer cargo de la congregación desde 1803 y pondrá en relación la congregación de Burdeos con la de Lión. Jean-Baptiste-Hyacinthe Lafon, diácono y maestro, será tres veces prefecto antes de los acontecimientos que le implicarían en la difusión de la excomunión papal en que incurriría Napoleón⁴. Encarcelado en una prisión estatal, tomará parte en el complot del general Malet –si no fue el principal instigador, o incluso el único– escapará a todas las búsquedas, será subgobernador de los Pajes en la Corte de Luis XVIII y comisario real en la región del Este durante los Cien Días. Condecorado con la Legión de honor bajo la Restauración, dejará definitivamente la vida política para recibir el sacerdocio en 1826 y morir en Gensac (Gironde), el 15 de agosto de 1836. Quentin Lousteau, originario de Coarraze (Bajos Pirineos), tan sereno y comedido como revoltoso era Lafon, se entregará en cuerpo y alma a la congregación. Prefecto en varias ocasiones, se especializará en la obra de los postulantes y será uno de esos jóvenes que bajo la dirección del P. Chaminade tratarán de vivir la vida religiosa sin abandonar su estado. Cuando se funde la Propagación de la Fe, será uno de los dirigentes en Burdeos, con Estebenet. Jean Laborde será por mucho tiempo el animador de la congregación de Chartrons bajo la Restauración. ¡En qué apuros nos veríamos si quisiéramos elaborar un cuadro de honor y qué injustos seríamos con aquellos que, sin brillar a los ojos de los hombres, vivieron una vida cristiana, no sin mérito ante Dios ni sin influencia en su entorno!

Varios sacerdotes dieron su adhesión a la congregación durante este primer año y su presencia acaba de imprimir a la congregación de 1801 un innegable carácter de perfección. Esperando al venerable Lacroix, que a su vuelta de Portugal irá a arrodillarse en el oratorio del P. Chaminade y renovará su consagración mariana en el otoño de 1802, está su brazo derecho, Jean-Baptiste Rauzan, el futuro Misionero de Francia, que fundará dos congregaciones religiosas. Llega de Alemania precedido por la fama de orador que adquirió predicando la estación cuaresmal en la iglesia de los Carmelitas de París. Su consagración es el 7 de agosto de 1801. Ocho días más tarde la congregación acoge a un antiguo Lazarista, Pierre Vlechmans,

excelente sujeto, muy instruido, dotado de un gran celo, mucha piedad y sobre todo mucha docilidad.

También él dirigirá una fundación, la de la Srta. Fatin, la Reunión en el Sagrado Corazón. El uno de noviembre le toca al sacerdote François Décubes, y el 8 de diciembre al sacerdote Jean Boyer. El primero, antiguo vicario de Portets, «buen espíritu, que tiene celo, piedad e instrucción», será nombrado párroco de Mérignac en 1803. El otro, nacido el 30 de enero de 1759, antiguo vicario de Carignan-en-Benauges, «muy suficientemente instruido, dócil, de un excelente carácter», aceptará un puesto de vicario en San Pedro de Burdeos. A pesar de las ocupaciones de su ministerio, todos estos sacerdotes permanecerán en estrecho contacto con la congregación. Y todas las razones hacen creer que hicieron revivir la vida sacerdotal que Burdeos había conocido antes de la Revolución.

No había desaparecido toda la fe y, aunque en este reinicio buscara más la calidad que la cantidad, la congregación creció rápidamente. Casi cada reunión se señalaba por una o varias nuevas adhesiones; cada fiesta era ocasión de una recepción solemne. A principios de junio contaban con 20 congregantes y 15 probandos. Solo los congregantes eran 66 el 8 de diciembre. ¿Alcanzaron el centenar el 2 de febrero siguiente? El P. Chaminade lo escribió, apoyando su afirmación en un detalle que parece despejar todas las dudas: para llegar al número de 100, y por deseo de los antiguos, parece que se acortó el tiempo de prueba de un candidato. Sin embargo, la lista que se nos ha conservado y que parece completa hasta el 2 de febrero de 1802 no confirma esta afirmación: solo indica 78 miembros después de la recepción de la Purificación, que habría sido de 7 congregantes, todos probandos desde el 13 de

⁴ Para este episodio, ver J. SIMLER, *o. c.*, pp. 262-274 (N.E.)

diciembre. El director escribía en 1848, a los 87 años de edad: ¿no confundió dos fechas en su memoria? En la hipótesis menos favorable, los discípulos del celoso misionero fueron cien el día en que las campanas de Burdeos se unieron a todas las de Francia para acompañar la voz de la campana mayor de la iglesia de Notre-Dame [de París], anunciando al país la promulgación del Concordato. Era un éxito.

¡Qué piadosos eran, qué fervientes estos generosos cristianos! ¡Con qué ardor trabajaban por la salvación de sus hermanos, por la santificación de las almas! Practicaban abiertamente la religión en un tiempo en que la religión era perseguida abiertamente. Tenían la fuerza de mostrarse virtuosos en un tiempo en que solo el vicio podía mostrarse abiertamente.

Aun dejando aparte la literatura, es hermoso.



Al mismo tiempo que se desarrollaba, la congregación se había organizado. La asociación, la unión y la ayuda mutua es ley normal del cristianismo. Los cristianos deben unirse visiblemente para ayudarse en todos sus intereses, los de la tierra y los del cielo, para socorrerse en caso de accidente, para ser testimonio claro e irrecusable a favor de la verdad.

Los primeros discípulos de Cristo se formaron en comunidades: no tenían sino un corazón y una sola alma. Las parroquias se crearon para suceder a los primeros grupos y para asegurar las ventajas en un mundo convertido en cristiano.

Al día siguiente de la Revolución, después de siglos de lucha y decadencia, las parroquias ya no pueden procurar a los bautizados los beneficios de las comunidades primitivas, y precisamente porque las congregaciones no son simples cofradías sino asociaciones formales, es por lo que el P. Chaminade se consagró a ellas por entero.

Las congregaciones deben unirse y poner a disposición de sus miembros todos los frutos de la unión. Para obtener mejor este resultado, los jesuitas habían establecido tantas congregaciones diferentes como categorías de personas a alcanzar había: la homogeneidad del reclutamiento favorecía la unión. El P. Chaminade veía diversos inconvenientes para seguir este método, tras los descalabros religiosos y sociales de la Revolución. Durante diez años se había hablado mucho de igualdad, abusando de la palabra y de la realidad. Y no era lo de menos que las clases populares se felicitasen de la caída de las barreras sociales y habrían visto con malos ojos todo lo que, de cerca o de lejos, se lo hubiera recordado. Organizar congregaciones separadas para cada categoría de cristianos hubiera sido dar un pretexto a la animosidad de los obreros y alejarlos de la Iglesia. Hubiera sido dispersar fuerzas restringidas y así debilitarlas; hacer invisible la luz, al distribuirla en diferentes puntos. Cuanto más numerosas eran las almas que convertir, más convenía agrupar a los practicantes para imponer el cristianismo a la atención de las masas. Cuanto más numerosa fuera la congregación, más atraería las miradas, más haría reflexionar, más acercaría los hombres a Dios tan solo por su existencia. No se podía menospreciar la ventaja, ya que se quería conquistar. La reunión de todas las clases en una misma organización sería además muy apropiada para la acción de las clases dirigentes sobre las otras. Estas, halagadas al ser admitidas en pie de igualdad, acudirían de buena gana y las primeras no tendrían más que mezclarse con ellas para comunicarles lo mejor de ellas mismas. El cristianismo primitivo no hacía ninguna acepción de personas; las primeras comunidades cristianas se abrían a todos sin consideración de clases: con un poco de tacto, se conseguiría el mismo resultado en las congregaciones del siglo XIX.

Emplear el tacto sería unir sin confundir. Nunca habría más que una sola congregación, incluso cuando se abriera a las chicas, a los hombres y mujeres casados. Pero en el seno de este cuerpo único, habría sistemas particulares dotados de una organización propia. Los jóvenes, las chicas, los hombres de edad madura, las señoras, formarían grupos diferentes;

cada uno de esos grupos, a su vez, comprendería tantos subgrupos como categorías de miembros tuviera. Cada uno estaría cercano a sus semejantes sin ser aislado del conjunto. Unión sin confusión, sería el programa.

Esta visión toma cuerpo desde 1801. Los congregantes se agrupan en fracciones según su estado. Se contentaron al principio, según parece, distinguiendo a los artesanos de los otros congregantes; luego, al aumentar el número, los estudiantes y maestros pudieron constituir una fracción particular, mientras los comerciantes formaban otra y los artesanos se dividían en dos. A falta de documentos, podemos conjeturar, con serios indicios, que al comienzo de 1802 había dos o tres fracciones.

Las fracciones se reúnen juntas para los oficios religiosos, para las conferencias religiosas, para el estudio de las cuestiones que interesan a toda la congregación. Tienen una reunión particular cada semana para ocuparse de los intereses de sus miembros, de sus ausentes, de sus enfermos; organizan sus diversiones las tardes de los domingos y días de fiesta. Gracias a estas reuniones frecuentes –asambleas generales y asambleas particulares– los contactos se multiplican entre los miembros, estos «socian» entre ellos, según expresión del director, y se crea un verdadero espíritu de cuerpo.

Jefes y oficiales diferentes mantienen la vida. El 8 de febrero los primeros congregantes habían elegido un consejo. A Louis-Arnaud Lafargue se le confió el cargo de prefecto, a G. Darbignac y B. Rotis los de asistentes, a Raymond Lafargue el de consejero. Las funciones de secretario fueron adjudicadas al segundo asistente, pero al tener que ausentarse, le reemplazará Estebenet. Después el consejo se desarrolló en la misma medida que la congregación. El 5 de junio las elecciones confiaron la prefectura a Jean-Baptiste Estebenet, le dieron dos asistentes, elevaron a tres el número de consejeros y cubrieron otros cargos nuevos. La presencia de un tesorero y de un cobrador parece indicar que por esta fecha se impuso el principio de cotización; la de un controlador muestra que daba importancia a la asiduidad. Un lector tenía su lugar al comienzo de los oficios, esperando a que todos los congregantes hubieran llegado, o en las asambleas generales de instrucción, para leer un pasaje del Evangelio. Si entre los oficiales hay un almacenero es porque, sin duda, la congregación decidió ejercer la caridad para con los pobres y reunir, para ello, en casa de uno de sus miembros, la ropa y objetos que otros destinaban a este fin. Dos sacristanes se encargaban de la capilla y dos inspectores visitaban probablemente a los congregantes enfermos.

¿Creeremos que el 10 de septiembre el número de cargos y dignidades llegó a veintiocho? Existe una lista completa que lo atestigua. Los consejeros y sacristanes aumentan unos y otros en uno. El secretario recibe un suplente. Junto con el tesorero y el cobrador, un ecónomo toma en sus manos los intereses materiales de la congregación. Un organizador del canto llano y un organizador de la música son llamados a realzar el esplendor de las ceremonias, y dos oficiales de honor para introducir, colocar a las personas, asegurar el orden y la dignidad en todo. Finalmente, un introductor asistido por tres adjuntos se cuidará de los candidatos y los preparará a su admisión.

En las fracciones, otros responsables, unos designados por el Consejo, otros elegidos por los miembros de la fracción, cuidaban la buena marcha del grupo. Los sustitutos presidían habitualmente las reuniones particulares, en las que los primeros dignatarios no aparecían más que en las grandes ocasiones. Eran ellos los que realizaban la unión entre los dirigentes y los congregantes. Su papel era importante, y era en definitiva de su celo, de su tacto, de su entusiasmo y de su iniciativa de lo que dependía la vitalidad de la obra. Nombrados por el Consejo para tres meses, ellos mismos proponían a sus reemplazantes si tenían que ausentarse, y se encontraban asistidos por un consejero elegido. Para evitar cualquier cambio brusco en la orientación de las fracciones, la renovación de los consejeros se hacía un mes después de la de los sustitutos.

Como vemos, ningún detalle se descuidaba, ni se dejaba al azar. La pequeña asociación se enfrenta a una labor inmensa y se entrega a ella con el entusiasmo y la esperanza de éxito que caracterizan a la juventud.

Muy pronto la asociación se encontró apretada en el oratorio que Chaminade le había abierto (en el 36 de la calle Arnaud Miqueu). Era, sin duda, una sencilla sala, tan modesta en sus dimensiones como en su aspecto. Pocos pasos más allá, en la calle San Simeón, en el tercer piso del número 16, se puso en alquiler una sala espaciosa y el director la arrendó y se trasladó él mismo al nº 15, el antiguo Hotel de los Moradey, que la Revolución había arrebatado al seminario de la Misión. El mismo número 16 era la antigua casa de los beneficiados de la iglesia de San Simeón, convertida en bien nacional en 1790. A la parte alquilada por el P. Chaminade se accedía atravesando el coro de la iglesia. En este modesto asilo es donde los oficiales de honor, los sacristanes, el organizador del canto llano y el organizador de la música tuvieron hasta 1804 ocasión de ser útiles. El sacerdote Rigagnon nos dice:

Recuerdo haber visto celebrar allí, con la mayor piedad, el oficio divino acompañado de cantos en honor de María y todos apropiados para hacer amar y venerar esta religión que aún no se atrevía a manifestar al exterior la imponente pompa de sus ceremonias.



Para el P. Chaminade en principio la congregación valía para todas las edades de ambos sexos. La organización de la juventud masculina no era más que el inicio.

El 25 de marzo de 1801, María Teresa de Lamourous, Louise Maqué, Hélène Jay, Catherine Pichon, Andrée Bidon, Rose Laurède, Catherine Bidon, Thérèse y Marie Tauzin se consagraban a Nuestra Señora: la rama femenina de la congregación estaba formada.

Tenía su valor. Louise Maqué, Hélène Jay y Andrée Bidon no dudarán en entrar en las nuevas familias religiosas que el Espíritu de Dios suscitará por diferentes lados. María Teresa de Lamourous no es sino la fundadora de la Misericordia. Su presencia entre las jóvenes, de las que la más joven tenía 16 años y la mayor 24, no es fruto de la casualidad. Chaminade la escogió para que fuera la animadora de las chicas.

Nacida en Barsac de familia noble el 1 de noviembre de 1754, había llegado a un raro grado de vida cristiana, gracias a los excelentes principios de su educación primera y a la prudente dirección de sus guías sucesivos, el P. Pannetier, al sacerdote Lacroix y el P. Chaminade. La había atraído el Carmelo, pero su confesor la juzgó hecha para la acción. «Sirva a Dios como hombre y no como mujer», le había dicho el P. Pannetier, dándole su última bendición antes de subir al cadalso. Y ella era digna de tal consejo. Más de una vez durante el Terror, se había deslizado a hurtadillas en la sala del Comité de vigilancia y había sorprendido los proyectos de arrestos que sus advertencias frustraron. Sin dejarse frenar por el peligro, se había acercado a los sospechosos en las cárceles y los había reconfortado. En Le Pian había recibido a sacerdotes y catequizado a niños. En 1796 se había ofrecido a Dios como víctima de reparación; firmó su ofrecimiento con su sangre, lo renovaba a diario y lo concretaba con frecuencia. De una fe simple, con miras sobrenaturales, firme en sus resoluciones, atrevida sin temeridad, distinguida sin esfuerzo, jovial, personal y buena, ejercía un ascendiente irresistible sobre todos aquellos con quienes entraba en contacto. Difícilmente se hubiera hallado dirigente más cualificada. Sin elección, sin duda, pero con el asentimiento unánime de las congregantes, asumió la responsabilidad de toda la sección de las chicas. Desde entonces fue, para todas, «la Madre».

No se quejaba. Era mujer capaz de llevar de frente dos obras tan diferentes como un refugio para chicas arrepentidas y una congregación de hijas de María. En un año, esta reunió a sesenta miembros, y entre las congregantes que se unieron a las nueve primeras antes del 25 de marzo de 1802, encontramos los nombres de siete futuras religiosas.

Por falta de documentos, sabemos poco de la vida del grupo femenino durante ese primer año, pero es de suponer que no diferiría mucho de la que caracterizó a la sección de los jóvenes. La finalidad es la misma: unir para reafirmar. Por eso tienen la misma organización: una sola congregación para todas las condiciones, con fracciones tan homogéneas como fuera posible. También iguales medios: contactos frecuentes, gracias a reuniones numerosas y diversas (misa, vísperas y asamblea de estudio cada domingo, asamblea general y reunión de fracción una vez al mes, distracciones en común los días de fiesta). Todo a base de un gran espíritu de caridad cristiana y una filial devoción a la Virgen.

Hay que señalar que si el P. Chaminade pedía a los jóvenes la recitación diaria del Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción, para las chicas era reglamentario el Oficio Parvo del Inmaculado Corazón de María, y si aquellos recibían el día de su consagración una banda blanca como signo de su compromiso mariano, que llevaban al cuello bajo la ropa, a estas les imponían un fajín rojo sobre el que se veían estas palabras: «Asociación de la Purísima María y del glorioso san José». ¿A qué se debían tales diferencias? No descubrimos la intención que lo explique, a no ser que la rama femenina de la congregación hiciera revivir la cofradía del Sagrado Corazón de María, erigida en 1748 en la iglesia de los Franciscanos en Burdeos. Las primeras congregantes del P. Chaminade parecen demasiado jóvenes para haber pertenecido a ella, pero ¿y la señorita de Lamourous? Además, ¿sería imposible que algunas jóvenes se confabularan en secreto para seguir la devoción al Corazón de María durante los tiempos difíciles de la Revolución? El P. Chaminade se habría encontrado ante un embrión de asociación y la habría acogido en su organización, igual que más tarde acogerá a los supervivientes de la congregación de los Capuchinos y de las Damas del Retiro.



Desde el año 1801, a falta de reglamentos definitivos, la congregación posee un *Manual*. Impreso por M. F. de Léon, sólidamente encuadernado en cuero, se titula: *Repertorio de oraciones y prácticas para servir al culto de la Purísima María, al que se han añadido varios cánticos*. El Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción, el del Sagrado Corazón de María, la Pequeña Corona, las oraciones que se hacen el día de la consagración, llenan la mayor parte de las ciento cuarenta y cuatro páginas que lo componen. Algunas fórmulas de devoción, letanías, once cánticos y una introducción de veintiocho páginas sobre las «Obligaciones de una persona consagrada al culto de la purísima María» ocupan el resto.

Diversos indicios hacen pensar que se trata de la reedición, quizá ligeramente retocada, de una colección anterior. ¿Cómo explicar si no que el *Manual* comience con la lista de indulgencias concedidas a las congregaciones afiliadas a la *Prima Primaria*, que se insista en ella en los peligros –inexistentes en 1801– de la entrada en religión o en el estado sacerdotal por consideraciones interesadas? Al recorrerlo, se piensa en una obra compuesta por los discípulos del sacerdote Lacroix en Sainte-Colombe, más que en un trabajo original del P. Chaminade.

Este, al menos, no renegará jamás de las ideas emitidas en ella sobre la naturaleza y obligaciones de la consagración mariana y justamente se puede buscar en este texto la más antigua expresión de su pensamiento sobre este tema.

Sin implicar una entrega como la profesión religiosa, la consagración es un contrato, un intercambio de promesas entre el fiel y la Virgen. El cristiano, para rendir a María el culto que le es debido, se compromete a conformarse a los usos, reglamentos y directrices de la congregación. *Promete* invocar a Nuestra Señora, honrarla, abstenerse de cuanto pueda herir sus intereses, imitar sus virtudes, huir del pecado, contribuir a extender su culto y tener hacia san José, su esposo, atenciones particulares, sentimientos de respeto y de confianza. A cambio, la Virgen le asegurará su ayuda maternal en toda circunstancia. Se traba así y se sella una alianza. Se trata de un acto de adopción en el sentido en que este paso asegura el normal ejercicio de las funciones maternas de María para con la persona que se entrega a su culto.

En resumen, están ahí todas las ideas que el P. Chaminade desarrollará en el futuro a sus congregantes.

Cuarenta y siete años más tarde, llegado a una extrema vejez, el antiguo director de la congregación no podía evocar sin emoción el tiempo en que había lanzado su obra. Se comprende. ¡Qué estimulantes habían sido aquellos primeros meses! Se habían erigido grupos selectos de ambos sexos, se habían agrupado, decididos no solo a vivir ostensiblemente y sin vergüenza su fe, sino también a secundar con toda su fuerza al ardiente misionero en sus proyectos de recristianización. Un centenar de jóvenes, otro centenar de chicas, habían sentido toda la gravedad de la hora, habían tomado conciencia de sus responsabilidades cristianas y estaban preparados a emprender metódicamente el *contagio* del cristianismo. Después de Austria, Inglaterra se decidía a negociar; la autoridad de Bonaparte inspiraba confianza; el Concordato se convertía en ley del Estado; se podía seguir avanzando.

3. Curar y preservar

Tras la Revolución, los cristianos son una minoría.

Ya no se trata simplemente de mantener la vida cristiana entre poblaciones que desde hace mucho tiempo están ligadas a la fe. Lo que debe pasar a primer plano, al menos en las ciudades, es el trabajo de penetración en las masas descristianizadas. No puede tratarse solo de mantener las posiciones adquiridas, pues ya no hay posiciones adquiridas; hay que conquistar, aumentar el número de verdaderos cristianos lo más rápidamente posible.

El P. Chaminade lo comprende mejor que nadie. Es Misionero apostólico, «enviado para sostener la fe por la Sagrada Congregación de Propaganda»; y es para cumplir su mandato para lo que ha organizado la Congregación de la Inmaculada Concepción: esta debe ser una misión perpetua, una herramienta misionera actuando de continuo. Si durante el año 1801 ha tratado de reunir un grupo selecto y cultivarlo, comprende bien que no puede quedarse ahí, que debe emprender con método la conquista de las masas perdidas o indiferentes a sus intereses espirituales.

Hoy estamos familiarizados con dos métodos de apostolado para laicos. Algunas organizaciones se presentan abiertamente como formaciones reservadas a selectos. Pretenden ser asociaciones de jefes, escuelas de apostolado. Con un carácter de perfección, confesado, querido y mantenido, son al laicado lo que las órdenes activas son a la vida religiosa. Se reclutan entre los buenos cristianos que no quieren contentarse con santificarse a sí mismos y pretenden colaborar con la acción al apostolado sacerdotal. Presuponen lo que se da a todos como educación y como formación cristiana. Exigen además un cierto deseo de hacer el bien a los demás, una especie de vocación apostólica. Ellas mismas dan una iniciación a la vida activa y tratan de formar en cierto modo técnicos del apostolado. Habiendo imbuido en sus miembros un alma de apóstoles, cuentan con su irradiación y su influencia para difundir las ideas cristianas. Organizan, aseguran la enseñanza del cristianismo y, si incorporan a algunos individuos convertidos por sus miembros, solo lo hacen después de haber experimentado la conversión y descubierto una verdadera vocación al apostolado.

Otras obras, por el contrario, practican el método de absorción y asimilación. Lejos de hacer de la práctica religiosa una condición de admisión, atraen e incorporan antes de cristianizar y para cristianizar, y la cristianización se hace, por así decirlo, por sí misma, en el seno de la comunidad, por la influencia que esta ejerce sobre los asociados. Ese es el método: la táctica del *contagio*.

En 1802 el P. Chaminade había optado por el método de asimilación por la comunidad. Sin renunciar a producir cristianos de valor y jefes, su congregación tendrá los caracteres exteriores de una organización de masas. No tendrá otras exigencias ni otras prácticas comunes que las de la vida cristiana ordinaria. Se presentará como el medio fácil de cumplir todos los deberes del cristianismo, como isla de salvación. Se abrirá a toda petición sincera por

parte de aquellos que, sin ella, no son bastante fuertes para ser cristianos. Más aún, persuadidos de que los prejuicios y la ignorancia cuentan mucho en la actitud de los jóvenes hacia el cristianismo, buscará atraer de todas las maneras y acogerá incluso a los que viven lejos de toda religión. El apostolado tomará la forma de proselitismo, y la transformación religiosa de las almas se hará en el seno mismo de la congregación por el contacto con los antiguos.

El 18 de abril de 1802, el mismo día en que la Iglesia de Francia canta el *Te Deum* del Concordato, en la solemnidad de Pascua, la congregación, preparada para la ofensiva, se incorpora una clase de *aspirantes*, verdadero catecumenado, semejante al grupo de simpatizantes en la JOC.

Los aspirantes son, en principio, jóvenes cuya educación cristiana hay que hacer o rehacer. Vienen de la indiferencia, de la despreocupación, de la mediocridad, de donde la congregación quiere apartarlos para hacer de ellos buenos cristianos. Una atracción primera, un sentimiento de debilidad en el aislamiento, a veces la voz del remordimiento, el deseo de escapar a la tiranía del respeto humano; son diversos los motivos que orientan hacia la congregación de la calle San Simeón. En ella se guardan muy bien de rechazar a los que se presentan así. Al contrario, se les trata con todos los miramientos que puede inspirar la caridad más previsora.

Un introductor especial se ocupa de ellos, los ve en grupos y en particular. El Consejo ha escogido para este oficio a un congregante profundamente religioso y sobrenatural, pero también compañero alegre y nada beato. Dice el *Directorio*:

Incluso es bueno que su piedad no se deje descubrir del todo, porque hay que cuidar los ojos que temen la luz. Debe ser él mismo de una conducta regular y edificante sin renunciar a las distracciones de la juventud. Su misión no es hacer conocer los reglamentos de la congregación,

sino llevar al redil las ovejas perdidas, convertir a los libertinos.

Sabe que

el aspirante debe ser considerado como retenido aún por más de un lazo..., como llamado secretamente y a veces claramente a sus falsos placeres. Se trata de mantener sus fuerzas, de ayudarle y no de molestarle... Hay que vigilarlo como a un pajarillo al que se quiere... Todo lo que la religión tiene de encanto, todo lo que la virtud tiene de más amable, debe prodigarse a este neófito, como la leche a los niños de pecho.

Aunque tengan más de 16 años, edad requerida para la admisión, estos recién venidos «quizá no han hecho su primera comunión». En este caso, habrá que prepararlos. Sin prisa, —no hay ningún límite de tiempo que lo exija—, de la forma más natural posible, evitando todo lo que huelga a propaganda artificial, el introductor se ingenia para hacerles descubrir las ventajas de la congregación y los pone en relación con los congregantes más cualificados para inspirarles confianza. No se les impone ninguna obligación formalista, porque los actos deben nacer de las convicciones. Poco a poco constatarán por sí mismos la bienhechora influencia de la religión. Cuando se abran en sus disposiciones, nada más fácil que orientar sus lecturas o tener con ellos alguna reunión que les asegure los conocimientos religiosos elementales. Ayudados por el ambiente, irán insensiblemente adquiriendo las costumbres cristianas; el ideal religioso les atrae, la gracia los trabaja; un día se confiesan y comulgan: su catecumenado ha terminado. Ya pueden pedir convertirse en *probandos*; su cristianización proseguirá en el seno de la comunidad cristiana por los contactos frecuentes con verdaderos cristianos. Así, la multiplicación de los cristianos se hace al ritmo de la multiplicación de los congregantes.

Al inaugurar este método y llevar los esfuerzos de la congregación hacia la juventud extraviada, el P. Chaminade cuida de no renunciar a trabajar en la preservación. Aunque

espera rescatar algunas personas a la indiferencia, a la irreligión y a la mala conducta, se da cuenta también de que, si puede reunir a la infancia antes de que sufra la influencia anticristiana, preparará eficazmente un futuro más cristiano.

El señor Rigault nos dice cómo dos congregantes del Misionero habían abierto en Burdeos, ya en enero de 1802, una escuela para niños pobres. Al otro lado de la ciudad, en el barrio de Chartrons, otro congregante de primera hora, Alexandre Dubosq, reunía en su casa a chicos del vecindario y les enseñaba el catecismo con los primeros elementos de la gramática.

Otros congregantes, Estebenet, Raymond Lafargue, Crépin Cahier, Timothée Momus, Jean Thomas, Jacques Déjemon y André Martres se ocupaban en la enseñanza. El P. Chaminade se alegraba de toda esta actividad pedagógica que no separaba la educación cristiana de la instrucción. A sus ojos la escuela cristiana hacía para los niños lo que la congregación se esforzaba en realizar para los jóvenes. Pero de la salida de la escuela hacia los 12 años, hasta la entrada en la congregación a los 16, los adolescentes se veían dejados a sí mismos, expuestos a todos los peligros del aislamiento. Para remediar esta situación se organizó la clase de los *postulantes*.

Los *postulantes* son precongregantes. Forman un grupo especial, tienen sus jefes, sus reglamentos, sus reuniones. La congregación los acoge tras su primera comunión. Los reparte, según sus principios, en diferentes fracciones según su origen social, les asigna congregantes celosos que, bajo la dirección de un introductor de postulantes, se reparten las responsabilidades de la organización. Recitan el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción o la Pequeña Corona todos los días, participan en la comunión general de los jóvenes cada segundo domingo de mes, asisten a los oficios religiosos con los congregantes y se les convoca a sus asambleas generales, pero se les dispensa de las reuniones tardías si habitan lejos del oratorio. Sus diversiones son diferentes de las de los congregantes. Su pequeña asociación posee una caja autónoma para las necesidades de los pobres, la decoración del oratorio y los recreos comunes. Cada quince días tienen una asamblea general propia. En resumen, es una especie de patronato anticipado y un semillero para la congregación.

La iniciativa tuvo pronto un gran éxito. Vinieron nuevos en gran número; los congregantes acogieron la nueva obra con entusiasmo: en poco tiempo había tres fracciones de postulantes.

En cuanto podemos saber, la clase de los postulantes hacía revivir la obra que el sacerdote Lacroix dirigía en Sainte-Colombe antes de la Revolución. Pero integrándola en la misma congregación, el P. Chaminade acababa de darle a esta su carácter de comunidad misionera y su fisonomía original. Decidido a multiplicar el número de cristianos, quiere hacerlo tanto con los niños, a los que formará, como con los jóvenes de 20 a 30 años, a los que separará del paganismo del siglo. Concebida para poner al alcance de todos la práctica sincera y seria del cristianismo, la congregación cristianizará atrayendo a ella, haciéndose cada vez más numerosa. En su seno preservará, ayudará, formará, curará, rehará una sociedad cristiana. Es desde 1802, antes de que se empleara el término, un *movimiento*.

4. Progreso y dificultades

Era la época del Consulado. Afirmado primero por la Paz de Amiens y luego por el Concordato, justificaba las esperanzas de los que en él habían saludado un régimen reparador. Más que los demás, los bordeleses se alegraban de una situación que, reanimando su puerto, abría a su comercio las mejores perspectivas de ganancias.

Mons. Charles-François d'Aviau du Bois de Senzay había sido bien recibido en su nueva metrópoli. Se ocupó de inmediato en organizar su diócesis.

Dicen que pensó en tomar al P. Chaminade en su consejo.

En su informe sobre el estado del clero, los Srs. de la Porte y Boyer habían escrito:

El Señor Chaminade ha permanecido siete años en Burdeos, donde ha prestado los mayores servicios; este sacerdote infinitamente respetable por su celo y por sus virtudes, tiene grandes medios para hacer el bien y merece ser distinguido en todos los aspectos.

Pero, si fue presentado para algún puesto en perspectiva, el director de la congregación debió declinar todas las ofertas sin segundas intenciones. Era Misionero de la Santa Sede y este título le bastaba. Si había aceptado la administración de la diócesis de Bazas, era por deferencia hacia Mons. de la Tour du Pin; el Concordato le había devuelto su libertad. Su misión propia era hacer cristianos con las generaciones crecidas durante la Revolución. Se sentía a gusto en su camino: poder gastarse en multiplicar las congregaciones era el único favor que ambicionaba.

Puesto al corriente, el arzobispo lo felicitó, animó y bendijo. Desde entonces, la pequeña congregación de la calle San Simeón tuvo en él un padre entregado. Comprendió y expresó su alegría agradecida por la pluma del joven Rotis, quien, convertido en prefecto en septiembre, quiso dar a sus compañeros un canto de adhesión. En nueve versos el aprendiz de poeta dice el valor y las ventajas de la congregación establecida bajo los auspicios de la Virgen Inmaculada y, en una última estrofa, une en un pensamiento de gratitud el nombre del arzobispo al del Primer Cónsul. Y los congregantes, a partir de ese día, acogieron a su protector en su humilde oratorio cantando con toda su alma:

¡Tú haces de todos los corazones
la esperanza cierta,
Pontífice augusto y venerado!
Siempre amaremos al héroe de Francia
por el que nos fuiste dado.
Napoleón de la Patria
será la gloria y el apoyo;
y d'Aviau para la otra vida
nos asegurará el bien verdadero.

El P. Chaminade ya no tenía las preocupaciones de la diócesis de Bazas. Y naturalmente la congregación debía beneficiarse de la mayor libertad que tenía su director. En lo esencial, este había organizado su obra para los jóvenes. La juventud es revolucionaria por naturaleza. Es su atractivo y su fuerza. Acepta gustosamente las novedades y esta tendencia es preciosa cuando se trata de trabajar en reacción contra años de descristianización. Pero a los jóvenes no les desagrada tener con ellos a personas de edad madura que compartan sus aspiraciones. En este contacto hallan un plus de confianza y una seguridad contra su propia inconstancia. Tras la impiedad del siglo XVIII, la juventud de la congregación se adhería al ideal cristiano con orgullo: si a su lado y dejándole el primer lugar, se establecía una sección de hombres y otra de mujeres, los jóvenes y las chicas se sentirían sólidamente respaldados, siempre que se tuviera la posibilidad de mantener en la asociación a los miembros que, con la edad o el matrimonio, dejasen las filas de la juventud. ¿No tiene el hombre a toda edad necesidad de la atmósfera cálida de una comunidad para explotar a fondo las riquezas de su fe y su bautismo?

En Navidad de 1802 seis varones se arrodillan ante el altar dedicado a la Virgen Inmaculada y son recibidos congregantes. Son: Pierre-Léon Lapause, rentista, Pierre-Paul Moreau, comerciante, Claude Héliès y Jean Feuillade, propietarios, Bernard Genniau, jefe de Oficina, y Guillaume Dordé, fundidor de cera. Ocho días más tarde el médico François Trocard y el agente Antoine Plasseau se unen a ellos. Otras cuatro recepciones realizadas los días 2 y 25 de marzo, 10 y 17 de abril, llevan a la congregación a Marc Fourniol y Louis Lalanne, propietarios, a Bernard Lacombe, negociante, y a François Duchesne de Beaumanoir, abogado.

La mayoría de estos hombres son amables y pacíficos bordeleses, que vivieron la Revolución sin aventuras pero no sin valor, fieles a Dios, a su conciencia y a la Iglesia romana.

Bajo el Terror, Claude Héliès no temió alojar en su casa al vicario general Boyer y sin duda los demás podrían reivindicar muchos servicios hechos al clero refractario. Es probable que sus relaciones con Chaminade se remonten a esta época.

La vida de alguno de ellos fue más movida.

Pierre-Paul de Lapause, de la nobleza de Pau, hermano de un sacerdote emigrado, tuvo sus bienes confiscados, fue encarcelado y no encontró la libertad sino para recibir el último suspiro de su anciana madre, el 5 de octubre de 1796. Se quedó solo y tomó de nuevo posesión de sus tierras; ahora vive en Burdeos y únicamente piensa en utilizar sus rentas en obras piadosas. Desde 1792 está muy unido al P. Chaminade.

Marie-François Duchesne de Beaumanoir, que había hecho que bendijera su matrimonio el sacerdote Boyer en el oratorio de Héliès, en pleno Terror, el 9 de julio de 1795, fue subdelegado general de Intendencia de Guyena, bajo Dupré de Saint-Maurs. Muy cultivado, antiguo miembro de la asociación literaria del Museo, había ocupado el sillón de director en la Academia de Burdeos en 1788 y pasaba por ser uno de los eruditos más notables de la ciudad. Había militado también en política y adquirido una influencia bastante grande en este Instituto filantrópico, del que el Sr. Caudrillier y luego el sacerdote Lacouture han trazado la historia y la tarea. Tras la detención de Dupont-Constant en mayo de 1800, había tomado, bajo el apodo de Franc-Fidèle, la dirección del movimiento que Marengo paralizó. Tuvo entonces como secretario a Jean-Baptiste Estebenet –Mauny para los iniciados– que fue probablemente quien lo introdujo ante el P. Chaminade. Oriundo de Vitry-le-François, tenía 47 años en 1803.

Su recepción elevaba a doce el número de varones congregantes. Era suficiente para justificar la organización de una sección especial. Se puso en estudio un reglamento que estuvo preparado el 16 de mayo (1803). La Congregación de Padres de familia data de este día y los miembros perpetuarán el recuerdo de la fundación celebrando cada año el 13 de mayo la fiesta de Nuestra Señora de los Mártires.

De los quince artículos que constituyen estos estatutos primitivos, hay que citar el primero:

Considerando todo el bien que se deriva de la organización sabia, preclara y vasta de la Congregación de Jóvenes para el especial culto de la Patrona de los santos, bajo la advocación de la Inmaculada Concepción de María;
considerando que esta obra –tan útil a la juventud, tan preciosa para la sociedad y tan ventajosa para las costumbres y la religión– debe ser muy querida de todos los Padres de familia, que en ella adquieren cada día un mayor interés por la promoción del crecimiento de sus hijos;
hemos declarado que el crecimiento y la perfección de la Congregación de la juventud, establecida y dirigida en Burdeos por nuestro Director, se convertía desde este momento en la obra de nuestro corazón: por ello, nada de lo que pueda interesar a los Jóvenes de esta Congregación, nos es extraño; los consideraremos unidos por los lazos más cercanos. Para nosotros será un deber muy querido trabajar por darles ejemplo desde la piedad y apoyarlos en la sociedad civil.

Los artículos siguientes precisan los compromisos de carácter religioso, fijan los días de reunión, regulan la asistencia a los enfermos y la participación en los funerales. No se olvida nada esencial, ni siquiera la interrupción de las reuniones desde la Natividad de Nuestra Señora hasta Todos los Santos exclusive. En este momento del año, el director está ocupado con los retiros que predica a los jóvenes.

La formación de la asociación en el seno de la congregación que se reúne en la calle San Simeón plantea un pequeño problema de historia local. ¿No pertenecieron los primeros miembros a la congregación de artesanos que se reunía en el recinto de los Capuchinos antes de la Revolución? Han pasado diez años desde que la antigua congregación se dispersó. Según atestigua el P. Chaminade,

la obra no fue aniquilada totalmente: los piadosos miembros de esta reunión tuvieron la perseverancia de sostenerla.

En 1803 varios congregantes son «sus restos». ¿Habrá que buscar entre los jóvenes a estos supervivientes? Los diversos biógrafos del P. Chaminade lo han pensado. ¿No es un error? En 1789, los Lafargue, Ducot, Estebenet, Dubosq y otros podían pertenecer a la congregación de Sainte-Colombe, pero no tenían edad para frecuentar la capilla de los Artesanos. ¿No sería por los asociados por los que la congregación de la calle San Simeón se unía al pasado? A ellos hace siempre alusión el Sr. Monier, secretario del director, cuando evoca a los supervivientes de la antigua obra. Se objetará que los doce primeros Padres de familia no era artesanos. Es totalmente distinto de un obrero de hoy. En 1824 todavía el P. Chaminade escribirá:

Hay en nuestras congregaciones simples artesanos que, sin salir de la modestia conveniente a su condición, conocen su religión lo suficiente como para enseñarla a sus obreros....

La antigua congregación establecida en los Capuchinos presenta, por otra parte, las características de una asociación de Grandes Artesanos o burgueses. Algunos documentos la llaman «Congregación de residentes» y, para pagar, como lo hacen, dieciocho libras al ser recibidos y después tres libras al año, para ser, como son, protegidos del Consistorio que frecuenta su capilla, estos residentes deben estar más cerca de la burguesía que del artesanado. Así pues no hay ninguna dificultad para admitir que propietarios como Claude Héliès, Jean Feuilhade, Marc Fourniol y Louis Lalanne, que un fundidor de cera como Guillaume Dordé hayan podido pertenecer a la antigua congregación de la Inmaculada Concepción. Por ellos es por quienes la obra del P. Chaminade se convertirá en heredera de las congregaciones de los jesuitas.

Esta hipótesis encuentra una especie de confirmación en el hecho de que, nada más constituida la congregación de Padres de familia, el director se dirigiera al cardenal Caprara para obtener a favor de los congregantes la confirmación del *Breve* pontificio que la congregación de los Capuchinos había solicitado y recibido en 1783. Es de creer que los recién llegados habían conservado en su poder la traducción del documento y la remitieron al P. Chaminade. Este redacta una súplica. Pone en conocimiento de la Santa Sede que

desde hace algunos años, la Iglesia de Jesucristo ha tenido el consuelo de ver establecerse y aumentar considerablemente, día a día, en la ciudad de Burdeos, una reunión de jóvenes de ambos sexos, bajo los auspicios y la invocación de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, Madre de la juventud. Sacerdotes y laicos de edad madura y de una piedad sólida se han entregado particularmente a animar y estabilizar esta saludable obra. ... Todo hace esperar que, mediante la gracia de Dios, este interesante vivero de servidores de María está llamado a propagar el espíritu de religión y fervor en los diversos estados de la sociedad que está llamado a ocupar un día.

Por eso, seguro de que el Santo Padre

no conocerá sin viva satisfacción las gracias que la misericordia divina ha querido conceder a esta interesante porción del rebaño confiado a su solicitud, en una edad tan expuesta a la seducción del ejemplo y en un país entregado por tanto tiempo al desbordamiento del error y de la impiedad, [el director se atreve a pedir para dicha asociación] las gracias, indulgencias y privilegios con que Pío VI enriqueció a todos los hermanos y hermanas afiliados a la congregación de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen María establecida en el convento de los religiosos capuchinos de Burdeos...

La carta estaba fechada el 26 de mayo. Mons. d'Aviau la apostilló el mismo día, atestiguando

a su Eminencia el Cardenal Legado de su Santidad, que la piadosa asociación para la que se presentaba esta humilde súplica era digna de que se le concedieran gracias especiales, por su regularidad y su fervor.

Por las gestiones del arzobispado, la petición llegó rápidamente a París, con una traducción del *Breve* de 1783. El 2 de junio, el cardenal Caprara concedía el traspaso de las indulgencias. El P. Chaminade era informado el 7: la congregación de la calle San Simeón sucedía regularmente, canónicamente, a la de los artesanos.

No tiene aún tres años «la piadosa asociación», y ya más de ciento cincuenta chicos, otras tantas chicas, y trece adultos se han comprometido públicamente en ella a «mostrarse descaradamente cristianos». Los aspirantes y postulantes elevan a trescientos solo los efectivos de la rama masculina. Sobre todo esta atrae la atención. En esta época dice una nota del arzobispado para el ministro de Cultos:

Es una congregación de jóvenes, de 14 a 25 años, que se reúnen los domingos y fiestas, bajo la dirección de un celoso sacerdote, en un oratorio público donde reciben la instrucción conveniente a los peligros que los rodean... Esta preciosa congregación, que preserva o aparta de la corrupción de una gran ciudad a más de trescientos jóvenes, podría extender más aún su influencia tan útil para la restauración de las buenas costumbres. Necesita ánimo tanto en lo referente a la política y policía como respecto a la religión.

Se comprenderá mejor el valor de este testimonio si se sitúa junto al que Mons. d'Aviau daba en la misma fecha sobre el estado de su diócesis. Escribía a Portalis:

La depravación de costumbres, la impiedad o la indiferencia por la religión se han llevado al colmo tanto en el campo como en la ciudad; los lugares públicos de baile y los cabarets, multiplicados en exceso hasta en las aldeas más lejanas, reemplazan a las iglesias, atraen y corrompen a la juventud de ambos sexos, destruyen las costumbres y afectos de la sociedad doméstica y arrebatan a los buenos pastores hasta los consuelos de la esperanza.

Los dirigentes de la congregación también se toman su papel en serio. En enero, el prefecto en funciones, Bernard Rotis, parece haber estimulado la formación de un colegio de antiguos prefectos, inspirándose aparentemente en el manual de las Aa. Pensamos que es así al menos como se puede interpretar una hojita enigmática, que ha quedado entre los papeles de la congregación. En ella se lee:

Apertura y declaración el lunes. Proyecto madurado y pospuesto luego para hablar de él el jueves. El jueves no hay entrevista. El sábado, primera propuesta de unión, de amistad, de inteligencia. Al día siguiente, domingo, segunda entrevista: tras hecha y adoptada la propuesta, acuerdo sobre los medios para realizar unas buenas elecciones, que se han realizado como habían sido proyectadas. Tercera entrevista el martes, sobre los medios para realizar el plan fijado. Habiéndose realizado las elecciones el 2 de febrero, según se había deseado, se vieron el 6: renovaron la precedente acta del mes; se prometieron un doble resultado del gobierno actual: la institución fija de la congregación y su espíritu, que serán invariables; la composición de una obra que trate del gobierno de la congregación y de su espíritu en las disposiciones enunciadas más arriba. Se acuerda que las entrevistas comiencen y terminen con la oración y que un secreto inviolable cubra todo lo que se haga y diga a mayor gloria de Dios.

Salvo error, estas pequeñas negociaciones habrían sido realizadas del 24 de enero al 6 de febrero y corresponderían a Lafargue, Estebenet, Darbignac, Lafon, Lacombe y Rotis.

El prefecto elegido el 2 de febrero no es sino Lafon, que en enero de 1802 fue ya puesto a la cabeza de la congregación, que en 1809 será apresado con Alexis de Noailles y que en 1812 lanzará a Malet al asalto del Imperio. Estaba efectivamente hecho para secundar los proyectos de Rotis y podemos pensar que, de hecho, hubo en esta fecha una refundición de los reglamentos de la congregación: todos los extractos que nos quedan son posteriores a la constitución de la Asociación de Padres.

Pronto el colegio de los antiguos prefectos tuvo que ocuparse de otra cuestión, la de los aspirantes.

Sabemos que el P. Chaminade había querido hacer un verdadero catecumenado, una clase de readaptación cristiana para los jóvenes a los que el celo de los congregantes pudiera arrancar a la impiedad. Esto era entonces una novedad y una osadía. Muy pronto los aspirantes se habían hecho numerosos, incluso demasiado numerosos al parecer de ciertos congregantes, que no tuvieron la abnegación, la entrega, el celo y el espíritu sobrenatural requeridos para tal método. Se produjo y creció un malestar. En el discurso que pronunció en Pascua, para celebrar el primer aniversario de la organización de los aspirantes como clase, el introductor dejaba ya entender que experimentaban cierta decepción ante la lentitud de los resultados. ¿Es que la juventud nunca tiene prisa? A finales de 1803 los Antiguos prefectos examinaron de nuevo la cuestión.

«Convocados por Ferlat, prefecto en ejercicio y presididos por él con el consentimiento del Sr. director», no temieron afirmar que la presencia de estos jóvenes era una fuente «de innumerables abusos».

La corrupción de sus costumbres..., los escándalos públicos de algunos, son devastadores. No queriendo cumplir las obligaciones que la congregación impone, hundidos en el vicio sin querer renunciar a él, pero deseosos de conservar a los ojos del público la apariencia de una conducta religiosa que les pudiera honrar en el mundo, se han apresurado a entrar en esta clase para poder impunemente entregarse a sus desórdenes y tener, sin embargo, derecho de asegurar que pertenecen a la congregación, para así alejar la vigilancia de los que quieren contentar.

Sus vicios se comunican a los probandos que, confiados, se han unido a ellos. Las familias descargan en la congregación las amistades de sus hijos: ¡grave responsabilidad! A fin de cuentas,

esta pretendida clase de aspirantes no ha hecho ningún bien sino mucho mal... La experiencia ha probado que casi todos los aspirantes, después de ser recibidos, han dejado de asistir a los ejercicios de la congregación. No han hecho nada para pertenecer a ella. Los que han sido recibidos probandos lo hubieran sido también sin pasar por otro grado.

Y concluyen los Antiguos la necesidad de suprimir los aspirantes.

En la amargura de las observaciones y la exageración de las expresiones se ve a jóvenes heridos en su amor propio de buenas personas. ¿Es compatible haber nacido en una familia honrada, haber recibido una buena educación, no haber manchado su reputación con ninguna desviación de conducta, y pertenecer a la misma congregación que individuos sin educación ni discreción, gente venida de cualquier ambiente, que han vivido mucho tiempo lejos de toda práctica religiosa y con pocos escrúpulos morales? Estos sentimientos muy humanos son de todas las épocas. ¡Cuántas familias hoy [¡en 1965!] critican y ven con malos

ojos los movimientos especializados de Acción Católica por los mismos motivos! El sentimiento de respetabilidad supera en ellos al amor de Dios y de las almas.

El P. Chaminade no podía admitir la supresión de la clase de los aspirantes, que constituía una pieza esencial de su movimiento de renovación religiosa. Su misión propia no era cultivar un grupo selecto ni organizar y dirigir un seminario para apóstoles laicos; no era formar cristianos en el apostolado para enviarlos a secundar a los miembros del clero en la enseñanza del cristianismo; su misión propia era organizar la propagación rápida de las virtudes cristianas por el contagio, era crear una red de comunidades transformadoras, cristianizantes. Si los congregantes no dejaban que se les acercasen los indiferentes, los débiles, si no permitían a estos vivir en contacto con ellos, si no los admitían en su compañía, no había ya posibilidad de contagio para el bien. ¿No habían comprendido los Antiguos prefectos? ¿No tenían confianza en la eficacia del procedimiento? ¿O no tenían suficiente generosidad para aceptar los sacrificios que se imponían a los «portadores del germen»?

Se veía discutido el mismo método del P. Chaminade. ¿Qué hacer? El informador de los Antiguos prefectos, menos radical que sus colegas, había terminado el resumen deseando la destrucción de los abusos y el mantenimiento de la institución. Eso era buen juicio. Y fueron por ese camino.

En adelante se entendió que los aspirantes no formaban parte de la congregación y que esta no respondía de ellos. Por ello, su primer paso no fue ya acompañado por ninguna ceremonia. Y se limitó el tiempo que se les dejaba para tomar una decisión definitiva.

El introductor recibió nuevas instrucciones. Debía limitarse a expresar en la reunión general el deseo del candidato de pertenecer a la congregación y añadir que él mismo favorecía este deseo en razón de los informes recogidos sobre el sujeto. Antes tenía que entregarse a una indagación seria y a asegurarse de que el joven tenía un confesor, que no frecuentaba ni los teatros ni los bailes, que no había causado ningún escándalo notorio, que podía proveer a su mantenimiento, que no era «de mala fama ante el Gobierno», y que solicitaba libremente su admisión «por amor a la congregación».

El candidato había tenido además que probar su sinceridad por su asiduidad a los oficios religiosos y haber charlado con el director.

Se trataba de un compromiso. La puerta de entrada estaba abierta, pero sin duda la vigilaban más estrechamente de lo que hubiera deseado el P. Chaminade. Este egoísmo con el que chocaba por primera vez atacaría de continuo a la congregación, como un virus degenerativo.

Hacia la misma época, la congregación y su director pudieron encontrar otra dificultad. Mientras no se había llevado a cabo el acuerdo entre Roma y el Gobierno francés, el P. Chaminade tenía el campo libre. Una vez aprobado por la autoridad diocesana, había podido seguir las inspiraciones de su celo sin ensombrecer a nadie. Pero la situación cambió cuando, en 1803, las parroquias se encontraron reorganizadas y provistas de titulares.

El director de la congregación no quería de ningún modo socavar la vida parroquial. Pero para llegar a sus fines misioneros ¿podía renunciar a los mejores congregantes? ¿Podía pedirles que asistieran regularmente a los oficios de su propia parroquia, después de haber participado en los de su oratorio? ¿Podía enviarlos a comulgar en su iglesia parroquial, sin privarse de un ejemplo indispensable para el éxito de su sistema? En cuanto a los prosélitos, recién arrancados a la indiferencia por el atractivo de la congregación, ¿podía, sin comprometer su retorno, exigirles otra cosa que la asiduidad a los oficios de la congregación? Por su parte, los párrocos se decían que sin sus mejores feligreses la vida parroquial, caída tan bajo, no remontaría nunca. Era casi inevitable el conflicto entre las exigencias del espíritu parroquial y las del espíritu congregante. La benevolencia del nuevo arzobispo hacia el P. Chaminade y su obra, la presencia en el clero de la ciudad de varios constitucionales impuestos por el Gobierno no eran cosas que evitaran todo disgusto.

Al comienzo del Adviento de 1803, el arzobispado recibió una protesta vehemente firmada por los párrocos de las parroquias de San Luis, San Marcial, Nuestra Señora, San Nicolás, San Pedro, Santa Eulalia, San Eloy, San Severino y San Vicente de Paul. Decían estar informados de que el P. Chaminade iba a trasladar la sede de su oratorio a la antigua iglesia de San Proyecto y que allí se proponía

decir y hacer decir la misa a puertas abiertas, cantar Vísperas, predicar o hacer predicar, dar la bendición todos los domingos, todos los jueves, todos los primeros viernes de mes así como todas las fiestas generales o particulares para cuya celebración en su pequeño oratorio había obtenido permiso, para decir los funerales de los congregantes, en una palabra, de erigir en el centro de la ciudad una décimocuarta parroquia independiente de la jurisdicción de los párrocos y que difería de las demás solo en que no celebraría ni bautismos ni matrimonios.

Los firmantes reconocían «todos los frutos» que había producido la congregación; incluso «para que continúe siendo útil» suplicaban al arzobispo que obligara al P. Chaminade a que se cerraran las puertas de la iglesia durante la misa, y que de cada tres comuniones los congregantes hagan dos en su parroquia, que le prohibiera además cantar Vísperas, predicar con las puertas abiertas, dar la bendición fuera del día de la Octava de la Concepción, celebrar los funerales de los congregantes e instruir a los niños para la primera comunión.

¿Pensaba de hecho la congregación en trasladarse a la iglesia San Proyecto? Ningún documento conservado hace alusión a un designio de este tipo, salvo esta carta de los párrocos de Burdeos, que, por otra parte, constituye un testimonio serio. ¿Aconsejó Mons. d'Aviau al director que lo suspendiera? ¿Surgieron al final dificultades sobre el alquiler o la compra? ¿Se trataba solo de un sueño, cuya realización se había deseado? El traslado no tuvo lugar y, por el momento, se cerró el incidente. Pero el celoso misionero no podía ya hacerse ilusiones: las dificultades no le vendrían solamente de los enemigos de la Iglesia.

¡Y la paz de Amiens era ya solo un recuerdo! ...

5. El Consulado se convierte en Imperio

Diversos acontecimientos apasionaban entonces a los franceses y empezaban a dividirlos. El complot Cadoudal, el rapto y ejecución del duque de Enghien, una nueva coalición, la campaña para el establecimiento del Imperio, eran otros tantos hechos sobre los que los espíritus no estaban unánimes. Los bordeleses necesitaban la paz para su comercio, por lo que no vieron sin inquietud a Napoleón metido en la guerra. Por eso, solo de mala gana y sin prisas se decidieron a «rogar» al primer Cónsul que respondiera a los deseos de todos los franceses fundando una nueva monarquía. Cuando sus diputados llegaron a París, el Senado acababa de pronunciarse. Modificando su misión, la delegación presentó su felicitación; pero «el emperador –apunta el analista Bernadeau– debió encontrar la gestión o tardía o rápida».

Uno se imagina difícilmente que en esas circunstancias los Estebenet, Lafon, Duchesne de Beaumanoir y otros antiguos miembros del Instituto filantrópico permanecieran como espectadores indiferentes y mudos. En cuanto al P. Chaminade, no se dejó distraer. Por muy apretados que estuvieran en su pequeño oratorio, no esperó más para abrir su congregación a las mujeres casadas.

Sin duda pensaba en ello desde hacía meses. En 1803, cuando pide al cardenal Caprara que traspasara a la congregación de la Inmaculada Concepción los privilegios de que gozaba antes de 1789 la congregación de Artesanos, habla ya no solo en nombre de la juventud sino también en nombre de las personas de edad madura de ambos sexos, entregadas a esta interesante obra por una consagración especial al culto de María. Suponemos que pensaba entonces en las damas patrocinadoras que, de acuerdo con el Sr. Rauzan, había constituido en

comité para sostener la obra de la Señorita de Lamourous. Varias de entre ellas se reunían el segundo viernes de cada mes en la capilla de la Misericordia, para tener allí un retiro y prepararse a la muerte. Era fácil unir las a la congregación.

Ignoramos, sin embargo, en qué circunstancias precisas se realizó la incorporación. En 1804, «las Damas consagradas al culto de la Santísima Virgen» tienen sus reglamentos: son fieles al retiro mensual y de hecho se llaman las *Damas del Retiro*. Entienden

honrar a la Santísima Virgen Madre de Dios bajo el título de su Inmaculada Concepción, prepararse habitualmente a la muerte bajo su poderosa protección y poner gran interés en apoyar, acrecentar y perfeccionar la congregación de las chicas jóvenes.

A su cabeza tienen una primera oficial con una suplente. Las primeras recepciones conocidas son las de las señoras Jeanne Elisabeth Fourniol y Luce Laplante, el 5 de abril de 1804, y las de las señoras Cautellaz-Lionnais, Maleville y Elisabeth Cahill, el 3 de mayo siguiente.

Las Damas del Retiro no están obligadas a ningún oficio. Se limitan a recitar cada día un acto de resignación a la muerte, un *Acordaos*, la oración *O Domina mea* y un *De Profundis*. Una vez al año, el primer jueves del año, comulgan en las disposiciones en las que quisieran estar si recibieran el santo viático.

Esta importancia dada a la preparación a la muerte no dejaba de sorprender en una congregación mariana. No tiene nada de tradicional. Para comprenderlo hay que recordar que antes de 1751 la *Prima Primaria* solo afiliaba congregaciones de hombres o de jóvenes. Después, para reunir a las personas del otro sexo, los jesuitas formaban las congregaciones de Jesús agonizante y de Nuestra Señora de los Dolores, que se afiliaban a una archicofradía del mismo nombre erigida en su Casa profesa de Roma. Burdeos tuvo la suya desde 1738 y era el espíritu de esta piadosa asociación el que el P. Chaminade hacía revivir en 1804.

Fue también en esta época cuando Chaminade fijó la situación de los *sacerdotes* inscritos en la congregación. Su carácter sacerdotal, sus cargos y sus deberes no permitían asimilarlos a los jóvenes ni a los padres de familia. Formaron una quinta sección y se determinaron sus obligaciones. En adelante, no estaban obligados más que a las oraciones de los afiliados, el *Memorare* y el *O Domina mea*, y a los jóvenes les correspondió el cuidado de velarlos en sus enfermedades. Cuando la Aa de Toulouse alude en sus anales a la Aa bordelesa restaurada tras la Revolución, sin duda quiere designar esta sección de los sacerdotes agrupados en torno al P. Chaminade.

Desde su llegada a Burdeos, Mons. D'Aviau se había preocupado por el reclutamiento y formación de sus futuros sacerdotes. Al fin en 1804 acabaron sus esfuerzos por tener un seminario: el Gobierno le cedía el antiguo convento de los Capuchinos. El arzobispo ni siquiera esperó a que el edificio fuera restaurado: desde el 4 de abril reunió un grupo de seminaristas en un local provisional en la calle Rohan. El señor Bertrand narra con detalle estos difíciles inicios. Lo que hay que recordar aquí es que los primeros jóvenes que se ofrecieron para el sacerdocio pertenecían casi todos a la congregación y que también estaban inscritos los directores y el superior. En esta circunstancia la obra daba una hermosa prueba de su fecundidad.

De hecho el P. Chaminade, infatigable, sigue siempre buscando mejoras, perfeccionamientos. Dos días después del decreto que confería a Napoleón la dignidad imperial, aprovechaba la solemnidad de Pentecostés [de 1804] para hacer que los padres de familia dieran a los jóvenes una promesa solemne de amistad y asistencia.

Representémonos el modesto local de la calle San Simeón. Los congregantes han puesto todo su ingenio para adornarlo lo mejor posible con el menor gasto. Es por la tarde. Se han sacado todos los quinqués de la sacristía, todos los candeleros, y unen sus luces para dar la impresión de pleno día. Postulantes, aspirantes, probandos, congregantes, asociados..., han

venido todos. Sobre su hábito negro, los oficiales se han puesto cruzada la banda blanca. Varios amigos de la congregación, muchos jóvenes atraídos por el anuncio de una velada extraordinaria están mezclados con los congregantes. Los oficiales honorarios los han puesto al lado de los miembros más antiguos; se han conocido y la conversación marcha bien.

En el presbiterio, un sillón y media docena de sillas ocupaban el frente del altar que corona la antigua *Madonna* de los Jacobinos. Se ha retirado el Santísimo. A cada lado, ante una hilera de sillas dispuestas en coro, hay una pequeña mesa iluminada. Son las siete.

El oficial de honor en jefe da una señal: en medio de la atención general, se llenan todas las plazas del coro. Llevando al pecho su gran medalla granate suspendida en una ancha cinta de seda blanca, el prefecto de los jóvenes, Marc Arnozan, asume la presidencia. El P. Chaminade está no lejos de él, pero algo retirado. Duchesne de Beaumanoir, jefe de la Asociación, los antiguos prefectos, quizá también el sacerdote Lacroix, miran al auditorio. Los demás miembros del consejo, revestidos de sus insignias, se colocan a los lados frente a frente.

Cuando se ha hecho el silencio, una voz muy segura de sí misma entona: «Yo canto tu felicidad, Congregación querida», y la sala abarrotada continúa:

Tu espíritu anima mis versos,
mi único deseo es ver crecer tu gloria.
Todos tus intereses me son queridos.
Cuando mis ojos te contemplan, digo:
Oh tierno objeto de mi amor,
para siempre en este templo
Benjamín fija su residencia.

Las voces aumentan aún, para lanzar el grito del estribillo:

¡Acude, juventud cristiana!
Aquí está el campo del honor.
Aquí hallaréis la sabiduría
que desea abrasar vuestro corazón.

Con el mismo ardor se cantan otras dos o tres estrofas:

¡Formados bajo el estandarte de la Augusta María,
cantemos su gloria y su grandeza!
¡Amigos, consagrémosle la primavera de la vida!
Ella nos promete la felicidad.
¡Feliz el mortal que se compromete
a vivir sometido a sus leyes!
Su culto es el tesoro del sabio
que oye pronto su voz.

Nuestras manos han puesto bajo sus santos auspicios
este santuario de las virtudes.
El infierno ha temblado; todos los vicios temblando,
confundidos, lo han visto retroceder.
Levantando su cabeza humillada
bajo el desprecio de los espíritus fuertes,
la religión afligida
triunfa aquí por nuestro esfuerzo.

A la voz del Señor, una tropa de hermanos
concibió el designio generoso
de bendecir, de exaltar a la madre más tierna
que a todos llevó en su seno.

María confirma su valor;
 la paz del corazón fue su precio,
 ¡Que el Gran Dios conserve su trabajo,
 ya que fue para tu gloria emprendido!

Recitadas con el aire del *Canto de la Partida*, estas afirmaciones han perdido su carácter prosaico. Se respira ahora una atmósfera de entusiasmo. Entonces, con su cálida voz, Marc Arnozan saluda a la asistencia con unas palabras, da la bienvenida a los extraños, indica el objetivo esencial de la reunión y presenta al orador que va a hablar en nombre de los jóvenes.

Este avanza hasta una de las mesitas. Es un estudiante, Jean Laborde. Enuncia su tema: «La virtud establece el orden y realiza la felicidad del mundo»; y luego, solemne, introduce su división:

¡Qué tema tan interesante para ustedes, señores! ¡Qué digno es de los hijos de María!
 ... ¡Qué agradable me sería poder pintaros, con un breve análisis, la virtud revestida de sus encantos y adornada con sus admirable efectos! ¡Qué alegría la mía si en la solemnidad de este día, pudiera alumbrar cada vez más en vuestros corazones las suaves llamas de esta virtud bienhechora que hace, en cierto sentido, saborear ya las primicias de la felicidad eterna!
 Pero no me atrevo a pretender tan altas metas; demasiado feliz sería si puedo convencerlos de que la virtud establece el orden, que el orden es la virtud del Universo, y que este orden establece las justas relaciones que deben existir entre hombre y hombre, y entre el hombre y Dios, y que de ahí viene la felicidad.

Los lugares comunes del arte de la oratoria alimentan la primera parte de la argumentación. Unas metáforas suceden a otras. La virtud es

un antídoto, un arma invencible que derriba el crimen y lo ata a su carro triunfal, un escudo impenetrable, una muralla inaccesible, un muro indestructible.

Las exclamaciones alternan con los interrogantes y los apóstrofes; el elogio de la virtud presenta el retrato del hombre virtuoso y, por antítesis, el del hombre corrompido: todos estos artificios no dan una idea elevada del talento oratorio de Jean Laborde. Es cierto que su tema es de los más abstractos. Y además pone tanta voluntad que uno es indulgente con él. Además, está demoliendo las tesis de los impíos. Aseguran estos que son felices en sus groseros y criminales goces:

Sin saberlo, son los más desgraciados de los hombres. ¡Qué triste suerte!

¡Cuánto más envidiable es la de los congregantes! Hoy pueden constatarlo una vez más:

¡Consideremos a nuestro lado la triste existencia del huérfano entregado a sí mismo, a menudo sin experiencia, rodeado de mil peligros, empujado por multitud de objetos que le sorprenden, sin guía, sin consejo, sin apoyo! ¡Consideremos al congregante virtuoso abrumado por los reveses, sin lugar, sin medios, sin protección! ¿A dónde irá si la desgracia demasiado violenta lo lanza a la desesperación?

¡Son los cristianos quienes deben socorrer a sus hermanos! La congregación no fallará en este deber.

El Consejo, siempre impaciente por hacer el bien, ha fijado su mirada en este desafortunado. Ha pensado que para entrar cada día más en los caminos del Señor y

para merecer así gracias más abundantes, no se podía abandonar a este chico valiosísimo, consagrado como nosotros al culto de la mejor y más rica de las madres... Digámosle que, si no tiene padre, nosotros tenemos entre nosotros padres caritativos y compasivos, padres cuya alma generosa busca extender los beneficios y volcar en el corazón de nuestro amigo el bálsamo de los más dulces consuelos, padres por fin cuyo espíritu ambiciona ocasiones favorables para llevar al alma de los afligidos los sentimientos más tiernos.

Y el orador se hace más apremiante, volviéndose hacia los congregantes:

Sí, es a vosotros, Padres de familia, gloria de nuestra congregación, a vosotros a quienes nos atrevemos a dirigir nuestros ruegos y deseos; a vuestros corazones sensibles y buenos, a vuestras almas cristianas, a la piedad que os caracteriza, a vuestra grandeza de sentimientos, al feliz uso de vuestros medios, al sagrado lazo que nos une, a quienes los Oficiales, representando a toda la congregación, presentan con confianza a este congregante que nos interesa por tantos títulos.

No queda ya sino concluir: la fidelidad no se encuentra más que en el bien. Los congregantes tendrán hoy una experiencia de ello.

La virtud va a establecer entre ellos la sede de su morada. ¡Qué espectáculo! ¡Qué palabra de consuelo y de alegría! ¿Ofrece el mundo algo parecido? No, sin duda. ¡No! Felicitaos, felicitémonos, pues, todos juntos por pertenecer a la Madre de Dios, que nos hace saborear tan puras delicias en la práctica de las virtudes. Merezcamos más y más que hagan brotar de sus sagradas manos las bendiciones abundantes que no cesan de extender sobre nosotros. Roguemos a esta tierna Madre que nos dé su espíritu de dulzura y humildad que hace a los santos, y podremos esperar un día poseer la plenitud de la felicidad celestial.

Saluda y se retira. El Señor de Beaumanoir se levanta y le sucede ante la mesita. Con su discurso en la mano, el antiguo director de la academia de Burdeos está emocionado.

Comienza con un texto atribuido a santa Hildegarda:

Se formarán entonces unos centros de justicia y de paz tan nuevos y tan poco conocidos que los hombres testimoniarán su admiración. Dirán que jamás les habían enseñado y que supera su conocimiento que tan grandes cosas hayan existido antes de ellos.

Uno se imagina el desarrollo:

Las antiguas cofradías tenían muchos reglamentos santos y espirituales; habían obtenido en nuestra santa religión grandes privilegios de los Soberanos Pontífices, y sin duda edificaron a la Iglesia de su tiempo y muchas almas cristianas no han debido su salvación sino a sus piadosos ejercicios.

Pero ninguna de ellas reunía el acuerdo de las relaciones civiles con el de las gracias espirituales. Estaba reservado en el designio de Dios, estaba, digo, reservado a nuestra congregación el presentar hoy, y por primera vez, a la admiración de los hombres tan hermoso espectáculo.

¡En cuánto superan las ayudas aseguradas a la desgracia por la religión cristiana a las que el paganismo conocía!

En el primer artículo de sus reglamentos, los Padres de familia declararon que nada de lo que interesara a los jóvenes les era extraño, que trabajar para edificarlos en la piedad, para

sostenerlos en la sociedad civil, era el deber queridísimo de su corazón. Hoy son felices al hacer una aplicación solemne de ese estatuto fundamental.

Sí, que todo congregante que pueda aportar testimonios de los jefes de la congregación sobre su exactitud, seguida durante un tiempo moral para observar sus reglas, sobre la conformidad de su conducta y sus costumbres con su espíritu, pueda, según el conocido deseo del señor director, encontrar en la Asociación de Padres de familia, a uno de sus miembros que se convierta en su apoyo en la sociedad, haga para él las veces de padre, lo apoye con sus consejos, su crédito y los medios que su ternura y experiencia le hagan encontrar en sí mismo, en sus amigos, en el seno de la congregación, y hasta en el mundo: tal es la voluntad general de los Padres de familia de la Asociación. Como su primer Asistente, como su portavoz, me atrevo aquí, desde ahora, a certificarlo plenamente.

Pero ya que ellos están presentes, ¿por qué no pedirles un signo de adhesión a este compromiso solemne? El orador se vuelve hacia el P. Chaminade:

Que me sea permitido, sacerdote evangélico, el primero a quien el Altísimo inspiró una idea tan santa, una idea tan consoladora en los extravíos de una razón turbada por la desgracia, tan tranquilizadora contra los golpes del infortunio; permítaseme en este santo recinto, en presencia de esta piadosa asamblea y ante usted mismo, nuestro sabio y querido director; permítaseme, digo, pedir aquí a cada uno de los Padres de familia que tienen la felicidad de edificarnos, la expresión solemne de su voluntad...

Todas las miradas de la asistencia se han dirigido al director: no se ha movido un rasgo de su rostro; plácido, accede con un signo discreto. En seguida, el Sr. de Beaumanoir se dirige a los agregados:

Vosotros, Padres de familia que me escucháis, vosotros, respetables de verdad por la pureza de vuestras costumbres y por la veneración pública que os rodea, levantaos espontáneamente por favor, y ofreced a esta juventud, porción realmente escogida de los hijos de María, la seguridad de una protección ilimitada...

Los Padres de familia, que son dieciséis, se levantan, permanecen en pie un momento y se vuelven a sentar tras un gesto de su jefe, que continúa:

¡Acabáis de ver este conmovedor espectáculo de concordia de los Padres con los hijos!
¡Acabáis de recibir este pacto de familia, vosotros, Señores Oficiales elegidos por la Providencia para caminar a la cabeza de los hijos de María por el camino del orden y de la virtud; usted, Señor, que ha sido el elocuente y muy agradable mensajero de los deseos de los jóvenes de la congregación! Ahora sentís todo el precio y la satisfacción más completa. ¡Sí! señores, en adelante nosotros seremos vuestros padres, vuestros tutores, vuestro apoyo y sostén en la sociedad. En adelante vosotros seréis para nosotros hijos queridos, jóvenes hermanos a los que amaremos y a los que ayudaremos con todos nuestros consejos y nuestros medios.

¡Sí! ¡Jóvenes congregantes, si el mundo os abandona, si las desgracias casi siempre ligadas a la especie humana os persiguen y os abruma, mirad al cielo! ¡Ved allí a la divina María, dispuesta siempre a socorrer a sus hijos! ¡Dirigíos con entera confianza a este santo y celoso director que ella nos muestra en su bondad! ¡Venid a nosotros!

Y el discurso termina en acción de gracias a Dios y a la Virgen, que han querido que en este día, bajo la mirada de numerosos testigos, se cumplieran las maravillas anunciadas siete siglos antes por santa Hildegarda.

Y anota el secretario:

Aquí, el Sr. Arnozan, como prefecto, testimonia con un pequeño discurso el agradecimiento de toda la congregación a la Asociación de Padres de familia.

Imaginemos aún unas palabras del Director, luego unas estrofas de un cántico a la Virgen y tendremos una idea de lo que eran las reuniones vespertinas, a las que el P. Chaminade concedía una gran importancia.

Toda esta puesta en escena, un poco teatral, esta elocuencia artificial, nos hacen sonreír. Pero era el gusto del tiempo; la juventud disfrutaba con ella; la congregación obtenía en parte su éxito. Si no hubiera querido ser más que un grupo piadoso o si no hubiera buscado sino formar un grupo selecto de personalidades cristianas, no hubiera recurrido a estas manifestaciones espectaculares y populares. Pero se consideraba un movimiento, que constituía «una conspiración para el bien», una asociación de asistencia mutua para la práctica del cristianismo; tenía, pues, que tomar necesariamente el aspecto de una obra popular, adaptarse al gusto de las masas e interesarse por todos los detalles de la vida cotidiana. Esta velada del 20 de mayo de 1804 es típica. Se capta en ella en vivo el método realista del Misionero Chaminade.

Los resultados prueban el valor de la obra. Ya en 1804 se agotó la primera edición del *Manual*. No debía ser inferior a cuatrocientos ejemplares. La nueva fue de mil y salió de la imprenta Léon antes de final de año.

En esta ocasión el director refundió el *Repertorio* de 1801. A las oraciones que este contenía, añadió los ejercicios propios de las Damas del Retiro, una bendición para el «pequeño hábito» de los congregantes, otra para los niños, las letanías de las grandezas de la Santísima Virgen y los elogios en su honor para todos los días del año, el canto de la congregación y diferentes cánticos, en fin, toda una parte litúrgica para la confesión, la comunión, la asistencia a la misa y a las vísperas en las principales fiestas del año. El todo formaba un volumen in-24 de trescientas noventa y seis páginas y constituía una especie de misal titulado: *Manual del servidor de la purísima Virgen María, Madre de Jesús*.

También ahora el P. Chaminade estaba seguro de que no le estorbaría la pequeñez de su local: disponía, en la calle Lalande, de una gran capilla llamada *La Magdalena*.

Construida en 1685, reformada en 1712, hasta la Revolución había sido el oratorio de un convento de las Magdalenitas. El Directorio del Distrito la había puesto en venta y el 4 de junio de 1793 un negociante de Santo Domingo, Elie Lafargue, apodado «Petiton», la había adquirido para convertirla en almacén. Tras el advenimiento de Bonaparte, un vicario de Santa Eulalia, el sacerdote Rouiller, la alquiló y la devolvió al culto. En 1803, se convirtió en sede oficial de la parroquia San Eloy, cuya iglesia estaba en restauración. Después, cuando ya se podían celebrar de nuevo los oficios en la iglesia de San Eloy, muchas personas habían expresado el deseo de conservar la Magdalena como oratorio supletorio. Mons. d'Aviau había ido varias veces a la calle San Simeón; estimaba a la congregación; había constatado su benéfica influencia, pues le había proporcionado la mayoría de los candidatos de su seminario. Por eso, se apresuró a dirigir una petición al Prefecto del Departamento. El 21 de Termidor –9 de agosto– recibió la siguiente respuesta:

Tengo el honor de responder a su carta del 17 en la que, en nombre de varios ciudadanos de Burdeos, pide la conservación de la capilla de la Magdalena donde se ha realizado el servicio parroquial mientras se reparaba San Eloy. No veo, por el momento, ningún inconveniente en conservar esta capilla, pero solo podrá ser a cargo de los peticionarios de mantenerla a sus expensas. Por lo demás, la cesión de este edificio solo puede ser provisional. A la ciudad de Burdeos le faltan edificios para diversos servicios, por lo que es muy posible que tarde o temprano reclame la Magdalena. Los demandantes deben esperarlo, y no comprometerse demasiado en gastos que pueden constituir una pérdida.

Según la ley hubiera sido necesaria una autorización del Ministro de Cultos, pero como el Prefecto no se oponía, era lo esencial. La ciudad no reclamaría el edificio, porque era propiedad privada. El 14 de agosto el arzobispo redactó la siguiente ordenanza:

Charles-François d'Aviau du Bois de Sanzay, por la misericordia divina y la gracia de la sede apostólica arzobispo de Burdeos, al clero y fieles de nuestra diócesis, salud y bendición.

Vista la petición que nos ha sido dirigida por gran número de fieles de las parroquias de Santa Eulalia, San Pablo y San Eloy con el fin de obtener la continuación de la ayuda religiosa en la capilla de la Magdalena.

Vistos los informes de los párrocos y servidores de dichas parroquias, consultados sobre el objeto de esta petición.

Después de haber obtenido el asentimiento del Señor Prefecto del Departamento de la Gironda en lo que le atañe, Nos ordenamos lo que sigue:

- 1.- La capilla de la Magdalena se concede según los deseos de los fieles, como oratorio de ayuda;
- 2.- El servicio religioso se hará en dicho oratorio bajo la inspección y autoridad del párroco encargado de la parroquia y conforme a las disposiciones siguientes:
- 3.- Todos los domingos y fiestas de precepto habrá en el oratorio dos misas rezadas. La más tardía deberá haber terminado a las 9 horas. Las vísperas se cantarán a las 2 horas en todas las estaciones del año, y en ningún caso, lo mismo que las misas, podrán coincidir con los oficios de la parroquia;
- 4.- Ninguna primera comunión, ni comunión pascual se celebrará en el oratorio;
- 5.- Habrá bendición del Santísimo todos los viernes del año y en los días de la Purificación, la Anunciación, la Visitación y la Natividad de la Santísima Virgen;
- 6.- Habrá exposición del Santísimo Sacramento desde la mañana a la tarde, misa solemne, vísperas, sermón y bendición el día de la Concepción de la Santísima Virgen. Esta última fiesta se celebrará con octava: habrá exposición en la misa y en las vísperas y bendición el día de la octava, y los otros días bendición simple;
- 7.- Prohibimos, bajo pena de entredicho *ipso facto* de dicho oratorio, que se celebre en él ninguna otra fiesta o solemnidad o devoción diferente de las que aquí se prescriben. Y nuestra presente Ordenanza se enviará a los párrocos y coadjutores de las parroquias de Santa Eulalia, San Pablo y San Eloy, y entregada al sacerdote al que hayamos encargado del servicio del oratorio, para que le sirva de norma.

Está claro que estas disposiciones se tomaron en consideración a las necesidades de la congregación. Quizá los demandantes eran simplemente los congregantes. Nos encontramos aquí de nuevo con un pequeño problema de historia: nuestro documento lleva el sello arzobispal, la firma de Mons. d'Aviau y la del canciller Delort; tiene pues todos los signos de la autenticidad y por otra parte será invocado en 1815 por la Comisión de la Policía Superior; pero por otro lado, en sus numerosas reclamaciones, nunca los libros de Santa Eulalia harán alusión a esta Ordenanza, y la que la reemplazó no contiene ninguna cláusula abrogatoria. ¿Cómo conciliar estos hechos? ¿Hizo el P. Chaminade observar que estas estipulaciones le cerraban demasiado y rechazó las ventajas de la Magdalena a ese precio? ¿Hubo otros incidentes? ¿Otras dificultades?

En resumen, el 12 de noviembre, algunos días antes de su salida hacia París donde debía asistir a la consagración del Emperador, el arzobispo publicó una nueva Ordenanza, más liberal que la del 14 de agosto. No se mantenía el artículo 2, que sometía el servicio religioso de la capilla a la inspección y a la autoridad del párroco. Los artículos 3, 5, 6, y 7 se modificaban. La última misa del domingo podía prolongarse hasta las 9 y media, y el encargado no estaba obligado a asegurar dos misas cada domingo. La bendición del Santísimo se autorizaba, además de los días anteriormente mencionados, el primer miércoles y el tercer domingo de cada mes. La fiesta de santa Magdalena se celebraba solemnemente el domingo después del día en que caía. Y desaparecía la amenaza de entredicho.

El mismo día, el P. Chaminade recibía su nombramiento de capellán. Decía el arzobispo:

Deseoso de dar al P. Chaminade, canónigo honorario de nuestra iglesia metropolitana, un testimonio público de nuestra satisfacción por su celo para formar en las buenas costumbres y en la piedad a la juventud confiada a sus cuidados, y para darle los medios para extender y perpetuar los frutos de la buena obra que dirige desde hace años con éxito y edificación, le hemos nombrado y nombramos capellán del oratorio auxiliar instituido por Nos en la capilla llamada de la Magdalena, quedando a su cargo el conformarse a nuestra Ordenanza de 12 de noviembre de 1804, en cuanto al servicio divino que debe tenerse en dicha capilla.

Aprobación, gratitud, ánimos, posibilidades de extensión, todo se amontonaba a la vez para el celoso director.

No perdió el tiempo. Cinco días después, reemplazando a Rouillier, tomaba, por un alquiler anual de seiscientas libras, durante cinco años, la capilla y un pequeño edificio adjunto que serviría de sacristía. El mobiliario que pertenecía al párroco de Pessac, lo volvió a comprar y lo completó con el que tenía en la calle San Simeón. Encima del altar mayor se colocó una Virgen de piedra, conocida con el nombre de Nuestra Señora de la Cuna, que venía del convento de las Hijas de Nuestra Señora. A ambos lados del altar, el P. Chaminade dispuso dos estatuas esculpidas en madera, que había adquirido en enero de 1792, de la antigua cofradía del Rosario. Algunos cuadros y relicarios, que había llevado de Périgueux o incluso de España, terminaron de dar al oratorio un aspecto agradable.

La congregación estaba ya alojada: tenía un local que respondía perfectamente a sus necesidades. Situada en el corazón de la ciudad, la Magdalena era accesible a todos. Con su amplia nave única, se prestaba de maravilla a las asambleas públicas. Su tribuna, aislada entonces de la capilla por un tabique, formaba una hermosa sala para las reuniones privadas, y encima de la doble sacristía, dos salas eran lo indicado para las reuniones de las fracciones. Era la instalación ideal. Muy expuesta a las miradas del pueblo, la pequeña comunidad del Misionero excitaba la curiosidad, atraería, ganaría, transformaría en cristianos a sus nuevos seguidores, pero manteniendo y atizando el fervor de los demás. Sería una misión permanente, más aún que en la calle San Simeón.

Francia, en aquellos días, miraba hacia los Alpes: Pío VII se apresuraba hacia París, para la consagración.

6. La décimocuarta parroquia

A la hora en que la presencia del Sumo Pontífice en París marca el triunfo de la política imperial, se halla constituida la comunidad cristiana concebida en 1800 por el P. Chaminade. Está provista de reglamentos. Acaba de tirar una nueva edición de su *Manual*. Con sus cinco secciones, reúne casi quinientos miembros y alimenta las mejores esperanzas.

Al llamarla con humor una décimocuarta parroquia en Burdeos, los párrocos de la ciudad tenían más razón de lo que creían; es en cierto sentido la parroquia tipo de los tiempos modernos.

Nada de uniformidad ficticia. Los jóvenes se reparten en la clase de los postulantes, la de los aspirantes, la de los probandos, y la de los congregantes. Tienen a la cabeza un prefecto secundado por dos asistentes y varios oficiales generales. Todos estos dignatarios son elegidos. Las chicas solo tienen una clase de preparación: la de las postulantes. Forman dos divisiones repartidas cada una en fracciones. Las dirige una «Madre», asistida por una suplente y oficiales de fracción. El director nombra todos los cargos, después de consulta individual a los

miembros del Consejo. Dos asistentes asumen la responsabilidad de los Padres de familia, un primer jefe y una suplente la de las Damas del Retiro.

Las prácticas y obligaciones varían con cada categoría de personas. Cada grupo goza de la autonomía que le permite alcanzar su fin particular, y cada grupo determina también sus medios de acción. Si las Damas del retiro tienen sobre todo el objetivo de asegurarse una buena muerte, los Padres de familia quieren en primer lugar sostener a los jóvenes. Si a la juventud se le invita a cumplir sus deberes religiosos en el oratorio de la congregación, los de edad madura son orientados a las iglesias parroquiales. La unión hace la fuerza, pero unir no es confundir.

Las reuniones son numerosas. En cada sección, cada fracción se reúne una vez al mes, en el día fijado por el jefe responsable. También una vez al mes, cada sección tiene una asamblea general: es el primer jueves para los jóvenes y el segundo lunes para los Padres de familia. Las Damas consagran la jornada del primer jueves a los ejercicios de su retiro. Cada domingo y cada día de fiesta, los jóvenes asisten a la misa en común. Los jóvenes hacen lo mismo y se reúnen además para las vísperas. Por la tarde, unos y otras se reúnen por separado para distraerse y el día termina con una última reunión medio recreativa medio edificante. Por la Inmaculada Concepción, la Purificación, la Anunciación y la Natividad de Nuestra Señora, las Damas del retiro se unen a las chicas y los Padres de familia a los jóvenes para una comunión general. Por fin, los Padres de familia se unen a los jóvenes para una asamblea solemne en las tardes de Pascua, de Pentecostés, de la Asunción, de Todos los Santos y de Navidad. Las Damas hacen lo mismo con los jóvenes los primeros domingos de diciembre, marzo, junio y septiembre, es decir, cada tres meses.

Los postulantes y los probandos en general no son admitidos a las asambleas generales ni a las asambleas de fracción. Tienen reuniones particulares bajo la dirección de sus introductores respectivos. Los postulantes se reúnen en asamblea plenaria cada quince días, y preside el prefecto o el director. Como excepción, entre los jóvenes los probandos son admitidos a las reuniones de fracción, pero no tienen voz deliberativa.

Cada tipo de reuniones tiene su carácter. Las reuniones de fracción son las más íntimas y las más familiares. Tras la invocación al Espíritu Santo, se cantan varias estrofas de un cántico o se escucha una breve lectura o una corta exhortación del presidente. Se lee el acta de la última asamblea, luego se anotan los miembros presentes. El estado de la fracción, los medios de aumentarla, de perfeccionarla, las relaciones que la honradez o la necesidad le imponen, el establecimiento de las listas de hermanos encargados de velar a los congregantes enfermos son otros tantos temas que dan cada vez materia nueva y abundante de intercambio de puntos de vista. Si el secretario, el consejero u otro oficial faltara, se procede a reemplazarle. A menudo se conciertan «algunas partidas inocentes de diversión». La asamblea termina con la recitación del *Sub tuum*.

La asamblea general del mes regula la vida de la sección. Se comunican las decisiones tomadas por el Consejo; se acogen las sugerencias propias para desarrollar la influencia de la congregación; se rinden cuentas de la situación financiera; se dan noticias de los ausentes y, si el tiempo lo permite, se instruyen escuchando una buena lectura o el discurso de un congregante.

El domingo y los días de fiesta son por excelencia el tiempo de la vida de los congregantes. A las siete cuarenta y cinco en invierno y una hora antes en verano, los jóvenes están reunidos en el oratorio. Los reglamentos dicen que deben colocarse por fracciones; en la práctica no se exige esta disposición. El prefecto comienza el salmo 8 *Domine, Dominus noster*, que se recita a dos coros. Se dicen de igual modo los salmos 18, *Coeli enarrant gloriam Dei*, y 23, *Domini est terra*, y luego el Oficio Parvo de la Inmaculada Concepción, el *De Profundis* y 3 *Pater-Ave*.

Durante este ejercicio los oficiales de honor cuidan los preparativos de la misa. Hacen vestirse a los monaguillos, que el sacristán encienda las velas del altar, llevar al prebiterio el *Libro de la congregación* y 4 o 5 minutos antes de las 8 avisan al Director.

Este sube al altar a las 8 en punto. Acompañado por sus dos asistentes, el prefecto se acerca, recibe del oficial de honor el registro que contiene los nombres de los congregantes y lo acerca al celebrante diciendo:

Señor Director, los jóvenes entregados al culto de María se encomiendan a sus oraciones: que sus nombres sean transportados del altar del Cordero inmolado por nosotros al Libro de la Vida.

El registro permanece sobre el altar durante toda la misa. Después del evangelio, el P. Chaminade hace una instrucción. No debe durar más de un cuarto de hora. Cuando han pasado trece minutos, el oficial de honor apoya sus dos manos sobre la silla que hay delante de él: el orador resume y concluye. ¿Puerilidad? No, a la juventud le gusta la organización y se complace en el orden minucioso.

Nos quedan varios cuadernos de notas manuscritas del P. Chaminade. Algunas debieron servirle para sus homilías: ninguna representa un texto redactado íntegramente. A su espíritu le repugnaba la composición. Él mismo dice que solo escribía para fijar las ideas y muy a menudo resumía a algún autor. Llegado el momento de hablar, se abandona a la improvisación. De ahí una cierta duda en la palabra y en su desarrollo. Un fuerte acento da un sabor perigordino a todas sus frases que, en otras circunstancias, desencadenaría una ruidosa hilaridad. Pero los habituales de la capilla no van allí a reírse. Están ávidos de verdad, no de lenguaje elegante. Escuchan llenos de buena voluntad.

A menudo el canto sostiene la atención de los congregantes. Uno de ellos lleva la dirección y a todos les gustan esos cánticos simples de melodías muy conocidas.

El segundo domingo de cada mes hay comunión general. La celebración de la misa reviste mayor solemnidad y el prefecto lee en voz alta las actas de circunstancia.

Al principio, las chicas asistían a la misma misa que los jóvenes. Estos se colocaban en el presbiterio, ellas en la nave con los forasteros. Muy pronto ellas tuvieron su misa particular, o bien binando el Director o bien porque un sacerdote amigo prestaba su ayuda. Esta misa se decía después de la de los jóvenes, en condiciones análogas y la comunión general se hacía el primer domingo del mes.

La intimidad del oratorio agradaba a todos y más de un joven que hubiera dudado en ir a su parroquia cumplía allí su deber dominical. Por la tarde las vísperas se cantaban a las 3. Las chicas debían asistir. Los jóvenes estaban invitados. ¿Iban muchos? En los primeros tiempos quizá sí. Es bastante probable que después de la organización de la clase de los aspirantes, los asiduos se hayan convertido poco a poco en una minoría agrupada en torno a los dignatarios. Mantuvieron la dirección del oficio.

A las tres menos cuarto, el oficial de honor debía subir donde el Director para avisarle por primera vez. Diez minutos más tarde volvía donde él, tras haber organizado la preparación del altar y de los monaguillos. El P. Chaminade iba en seguida a la sacristía y el oficio comenzaba con puntualidad perfecta.

Cantadas las vísperas, el sermón duraba tres cuartos de hora. ¿Qué es lo más admirable? ¿El sacerdote que se impone cada domingo esta predicación o los que no se cansan de escucharle? Como por la mañana, el tiempo está rigurosamente medido, tanto que cuarenta y cinco minutos constituyen un límite para la abundancia del orador o para la avidez del auditorio; cuando han pasado cuarenta minutos, el sacristán enciende las velas para la bendición con el Santísimo. El P. Chaminade saca las conclusiones de su exposición y va a dar la bendición. El resto de la tarde se ocupa en distracciones. Aunque sea siempre serio, el director de la congregación no predica una devoción desagradable.

La ventaja que se quiere producir en las jóvenes –dice una instrucción para las Oficiales– es preservarlas de los peligros evidentes que corren en el mundo...

Estos peligros son:

- 1.- Las malas compañías. Así pues, hay que formarlas buenas.
- 2.- Los placeres ruidosos del mundo. Así pues, habrá que procurarles en cuanto sea posible, todos los que la religión permite y empeñarse en hacerles saborear los inocentes.
- 3.- Las conversaciones libres e impías. Así pues, hay que inspirarles el gusto por las que anima la piedad, que se manifiestan sin pretensiones, amables y joviales, y no hablarles de la religión más que con sencillez y alegría.
- 4.- Los cantos profanos y los malos libros. Así pues, hay que ponerlas en la ocasión de ejercitar su voz en cánticos religiosos y procurarles en cuanto sea posible libros interesantes como historias.
- 5.- Los adornos. En esto, pues, permitiéndoles los correspondientes a su edad y estado, hay que ayudarles a discernir los que deben desechar, poniendo a sus ojos modelos de decencia y modestia.
- 6.- La peligrosa ocasión de trabar amistad, de ser confidentes de corazones corrompidos o que comienzan a serlo, y abrirse ellas mismas a personas sin principios religiosos. Así que hay que darles una amiga virtuosa...

Es todo un método de acción constructiva la que supone ese «así pues» repetido con insistencia. No se suprime, insinúa, lo que se reemplaza. Lo que existe de hecho, aunque fuera condenado por la moral, responde a una tendencia del ser. Así pues, no hay que rechazarla, sino satisfacerla por medios legítimos.

¿Qué más normal para la juventud que las diversiones? Así, nuestra *Instrucción* prosigue:

Parece que el primer medio que se ha de emplear es trabajar por unir a las miembros de cada fracción entre ellas, y como las chicas jóvenes se unen tanto más cuando saborean juntas algún placer, hay que procurarles algunos, como las salidas de paseo, de pequeñas meriendas seguidas de juegos inocentes. Una vez iniciadas, ya está formado su grupo. Los placeres que encuentran ahí ayudan a la piedad, a preservarlas de los del mundo, y una vez acostumbradas, se hacen ellas mismas ejemplo y ánimo para las demás. No tardan en sentir los cuidados de sus oficiales y se unen por afecto a ellas. Del afecto sobre todo, nace la confianza y entonces la oficial ha ganado casi todo. Por poco que continúe mimándolas, sintiendo lástima por ellas, consolándolas, ayudándolas en sus penas y participando en todo lo que les interese, la necesitarán como confidente y como consejera y así será capaz de hacerles toda especie de bien.

¿No está muy bien expresado? ¿Y muy justo? Tratan de seguir este programa cada domingo y cada día de fiesta, tanto con los jóvenes como con las chicas. Paseos y juegos, según las estaciones, los caprichos de la atmósfera y los gustos de los interesados, ocupan todo el tiempo después de vísperas. Es apartar a la juventud de las distracciones peligrosas; es trabajar para crear y mantener el espíritu de grupo. Si los medios parecen simples, no se olvide que la época no conocía el cine, ni la telegrafía sin hilos, ni la TV, ni el coche, ni siquiera la democrática bicicleta.

Las mismas preocupaciones de preservación y la misma experiencia de los jóvenes aparecen en la organización de las asambleas celebradas a la caída de la noche; a la hora en que se abrían los teatros y en que la juventud estaba muy a menudo solicitada por los placeres turbios, había que retenerla y ocuparla.

Se imaginó como medio –escribe el director en 1809– tener asambleas los días de fiestas laborales, en las horas en que de ordinario los jóvenes están más desocupados.

Más tarde dirá a las primeras Madres del Instituto de las Hijas de María:

Es necesario que guardéis a la juventud bastante tiempo, para que pueda estar al abrigo de las tentaciones del placer; que, cuando se retira de las reuniones, todo haya terminado fuera y que las chicas jóvenes, al volver a casa, no tengan tiempo más que de preparar una ensalada para la cena.

Entre los jóvenes estas reuniones de los días de fiesta eran públicas y los congregantes eran invitados a llevar allí la mayor cantidad posible de gente. Había un servicio de orden especialmente organizado para acoger y situar a los extraños. Porque aparte la preservación de los congregantes, se apunta a conquistar nuevos socios.

Era pues importante dar a estas asambleas un carácter atractivo. El P. Chaminade dirá aún a las Hijas de María:

La instrucción es realmente el fin que os proponéis, ¡pero id a hablar de instrucción a las chicas a quienes solo les gusta divertirse! Será el medio de hacerlas huir. Así que hay que emplear una santa astucia para atraerlas y hacerles dejar sus placeres, y solo podréis hacerlo mezclando cosas interesantes con vuestras instrucciones.

Actúa así, apoyándose en el ejemplo de san Felipe Neri. La asamblea dura dos horas. Empieza a las 6 y media en invierno, a las 7 y media en verano. El oratorio, convertido en sala de reunión, está tan adornado e iluminado como lo permiten los medios de la congregación. Cantan; escuchan discursos, conferencias dialogadas, disertaciones; exponen sus dificultades y piden explicaciones libremente. En general son los congregantes los que hablan. El director ha conocido previamente todos los manuscritos; no tolera ninguna improvisación, pero no interviene en la asamblea más que para completar una respuesta, resolver una dificultad o terminar un debate con una exhortación apropiada. Deja a sus jóvenes la satisfacción de poder considerar la sesión como obra suya. Así evita cansar; el cambio de oradores, la variedad de temas tratados, son elementos de interés y sus intervenciones siempre son estimadas. De sus reuniones se podía decir lo que se decía sobre san Felipe Neri:

Todo el mundo se retiraba satisfecho. Había siempre afluencia de personas y cada vez era un nuevo placer.

Chaminade era un maestro en el arte de dorar la píldora. Según el más antiguo reglamento de los oficiales de honor, parece que, a falta de locales, las reuniones del domingo fueron al principio comunes a ambos sexos. Era un mal menor. Aunque se pusiera a los hombres delante y se vigilara la salida, desde el tercer piso a la calle, la situación presentaba demasiados inconvenientes. En cuanto pudo, el P. Chaminade organizó reuniones distintas para cada sexo.

Todas estas reuniones, fuera el que fuera su carácter dominante, contribuían a crear y mantener un espíritu de grupo que facilitaba a los asociados la práctica de la vida cristiana, liberándolos del respeto humano. Gracias a las múltiples ocasiones de contacto, todos se sentían solidarios de todos y todos tenían a gala el jugar a fondo el gran juego de la reciprocidad.

El P. Chaminade entendía además que la solidaridad no se manifestaba solo en el ámbito religioso. En la *Instrucción para las Oficiales* comentaba:

Sería bueno que cada oficiala tuviera una ayudante o celadora tomada de la fracción, que la ayudase, la supliera, le rindiera cuentas y que en ocasiones reflexionaran juntas sobre las necesidades del grupo, sea en cuanto al alma o en cuanto al cuerpo, para que las obreras sin trabajo pudieran tenerlo, que las que no tuvieran plaza pudieran procurarse una, que las indigentes fueran aliviadas y las enfermas cuidadas. Parece que sería muy útil que un miembro de la congregación tuviera una oficina de

direcciones para plazas y trabajos, donde pudieran ir las oficiales para tratar de ayudar a los miembros de su grupo que estuvieran en dificultad.

Así se hizo, y lo mismo entre los jóvenes. Una nota oficial de 1803 dice:

Se establecieron entre ellos relaciones sociales para preservarlos de las malas compañías. En caso de enfermedad, se procuran entre ellos los consuelos y ayudas temporales y espirituales. Cuando están sanos, asisten a los pobres y tratan de procurar trabajo a los que tienen que vivir del sudor de su frente.

De hecho, el reglamento de los jóvenes y el de las chicas atraen la atención de los jefes sobre todas las necesidades de los hermanos de los que son responsables. Entre los Padres de familia y entre las Damas, hay enfermeros y enfermeras que deben procurar a los miembros enfermos toda la ayuda que necesiten, tanto en el orden temporal como en el espiritual. Hoy nos cuesta comprender la importancia que entonces tenía el papel de enfermero voluntario. Era enorme en una época en que la mayoría de los enfermos eran cuidados en su casa, mientras las órdenes religiosas entregadas a la caridad corporal habían sido aniquiladas y no existían los enfermeros o enfermeras profesionales. Entre los trescientos jóvenes y las doscientas chicas hay de continuo miembros a los que visitar, a menudo enfermos a los que velar. Si los grupos o fracciones hacían cada mes una lista de vela, no era un gesto sin importancia y a veces una u otra fracción tenía que apelar a otra para no sobrecargar a sus propios miembros. La fraternidad congregante no era una palabra hueca.

En numerosas circunstancias la edad madura forma cuerpo con la juventud de su sexo. Los Padres de familia declararon en sus estatutos que

el crecimiento y la perfección de la congregación de la juventud era la obra de su corazón,... que nada de lo que pudiera interesar a los jóvenes les era extraño,... que trabajar en su edificación en la piedad, en su apoyo en la sociedad civil era el deber más querido para *su* corazón.

Si las Damas del Retiro se proponen honrar a la Santísima Virgen Madre de Dios, bajo el título de su Inmaculada Concepción y prepararse habitualmente a la muerte bajo su poderosa protección, piensan también

poner un verdadero interés en apoyar, acrecentar y perfeccionar la congregación de los jóvenes.

Antes de cada asamblea, como con la juventud, los Padres de familia invitan al prefecto de los jóvenes a su Consejo. Intervienen en la colocación de empleados o aprendices; si algún joven congregante se halla en necesidad, lo ayudan. Un asociado generoso, el doctor Trocard, cuida gratuitamente a los congregantes que los jefes dirigen a él y, en nombre de todos sus hermanos, como hemos visto, Duchesne de Beaumanoir se encargó de no dejar sin familia a ningún joven virtuoso al que la muerte privara de sus padres. No era una manifestación platónica. El «Pacto de familia», como llamaban a este compromiso, era una realidad y los documentos de la congregación mencionan expresamente una solemne renovación en 1808. Cuando una asociación religiosa es capaz de inspirar y hacer cumplir tales compromisos, ¿no es prueba de que está construida sobre la realidad y que informa toda la vida de sus miembros?

¡Con qué solicitud los sigue siempre! Si faltan a una reunión les informa por un hermano de todo lo que ha pasado en ella. Si su celo empieza a enfriarse o constata en algunos cierta irregularidad, alerta a los mejores, los lanza en busca del hijo pródigo y no para hasta que haya vuelto al seno de la familia. Cuando un asociado se ausenta de la ciudad por cierto tiempo, le piden que visite al director y al jefe de su sección antes de su partida para

recibir los consejos de circunstancia y dejar su dirección y se le asigna un hermano como corresponsal. Le tendrán regularmente al corriente de la vida de la congregación y le advertirán de cada comunión general para que pueda unirse a ella. Se preocupan incluso de asegurar amigos a aquellos que tienen que permanecer lejos. Desde 1804 la congregación está en correspondencia con la congregación de París y con la de Lión. Se concluyó una unión espiritual y se dirigen los miembros que pasan de una ciudad a la otra por razón de estudios o de comercio. Jamás se siente aislado un congregante.

Las diferentes recepciones mantienen la obra joven y por su ceremonial son fuente de interés en todo tiempo. La de los postulantes es bastante simple. En el día fijado, normalmente un día de comunión general, el recipiendario hace ante sus camaradas y en presencia del director la siguiente declaración:

Señor director, yo creo y confieso todo lo que me enseña la fe cristiana sobre las grandezas de la augusta María, real y verdadera Madre de Dios y siempre virgen. Reconozco y honro el misterio de su Inmaculada Concepción. Me entrego sinceramente a su culto. Tengo verdadero deseo de consagrarme pública y solemnemente a él en el seno de la congregación cuando haya cumplido los dieciséis años. Hasta ese feliz momento prometo observar fielmente las reglas de la clase de los postulantes. Le ruego que me dé su bendición.

La víspera del día mismo, el nuevo admitido se ha presentado al director para obtener la aplicación de las indulgencias. Desde entonces es confiado a la solicitud del introductor de postulantes y al celo más especial del oficial encargado de la fracción que se le ha asignado.

Es más ceremonioso cuando se trata de un probando. En la asamblea del domingo por la mañana el candidato, conducido por el introductor, avanza hacia el altar y se para ante el director.

Dice el introductor:

El Señor N..., de la clase de los aspirantes, desearía ser admitido en el número de los probandos de la congregación establecida bajo el título de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, Madre de la Juventud. Espera, con la gracia de Dios, perseverar en su nuevo estado.

Igual que el obispo interpela al archidiácono en el día de la ordenación acerca de las disposiciones de los ordenandos, el director se dirige aquí al prefecto para tener su opinión. El prefecto responde:

En cuanto la fragilidad humana me permite dar testimonio a la verdad, yo sé y atestiguo que el señor N... se ha hecho digno, por su conducta y por sus piadosos deseos, de ser admitido en el número de los probandos de nuestra congregación.

El director bendice al candidato y este recita el *Sub tuum* como un primer compromiso con la Virgen. Después de la oración *Defende*, recibe el abrazo ritual del director y vuelve a su puesto. Comulga en la misa, a menos que lo haya hecho algunos días antes. En la asamblea pública de la tarde el introductor de aspirantes lo presenta a toda la congregación. El prefecto le felicita, le exhorta y lo pone bajo la dirección del introductor de probandos.

La entrada definitiva en la congregación está regulada de forma que deje en el alma un recuerdo imborrable.

La deliberación de que ha sido objeto en el Consejo, la visita oficial al director en compañía del introductor de probandos, la intervención del prefecto para la preparación inmediata, han dado ya a los recipiendarios una elevada idea del acto que van a realizar.

Llegado el día, antes de la misa, todos los oficiales generales están en el coro, revestidos con el hábito negro sobre el que destaca la banda de seda blanca con franjas de

plata. El prefecto y los antiguos prefectos llevan colgada al pecho con una cinta blanca, su gran medalla de plata dorada de la Virgen Inmaculada. A la hora fijada el director sale de la sacristía con sobrepelliz y estola. Entona el *Veni Creator* y toda la asistencia continúa.

Tras la oración al Espíritu Santo, le presentan tantas cintas de seda blanca como beneficiarios hay. Es lo que en la congregación se llama el «Pequeño hábito de la Santísima Virgen». Las bendice, y luego se sienta frente a los congregantes.

A una señal del oficial de honor los candidatos dejan sus plazas y entran en el presbiterio. Se arrodillan con una vela en la mano. Con voz clara leen su consagración mariana, que se inspira en un texto del P. de Gallifet, que probablemente viene de la congregación de Sainte-Colombe:

Yo, N... servidor de Dios e hijo de la santa Iglesia católica, apostólica y romana, creo con sumisión profunda de espíritu y de corazón todo lo que la fe cristiana me enseña de las excelencias de la augusta María. Creo que ella es real y verdaderamente Madre de Dios y siempre Virgen; confieso que ella merece, por esta infinita dignidad de Madre de Dios, un culto singular debido solo a ella; confieso que solo Dios está por encima de esta incomparable Virgen, que ella es la señora del mundo, la reina de los hombres y de los ángeles, la distribuidora de todas las gracias, adorno de la Iglesia, que en ella se encierra la grandeza incomprensible de todas las virtudes, de todos los dones y de todas las gracias, que ella es el templo de Dios, el paraíso de las delicias, el modelo de todos los justos, la gloria y la fuente de nuestra salvación, la puerta del cielo, la alegría de los elegidos, el refugio de los pecadores, nuestro consuelo, nuestra vida, nuestra esperanza, el sello y la marca de los verdaderos católicos. Creo y confieso que ella es purísima en su concepción, que es la verdadera Madre de los cristianos, que concede una protección especial a la juventud y que su ternura iguala a su poder. Para reconocer, en cuanto de mí depende, la eminente dignidad de la Madre de Dios, para rendir homenaje a su bondad, a su amor a los hombres y a su incomparable pureza, me entrego y me dedico a su culto; honro y honraré siempre de una manera especial su Inmaculada Concepción. Me abandono en el seno de su ternura maternal y cumpliré todos los días de mi vida los deberes de respeto, obediencia, confianza y amor que me inspira la gloriosa y amable cualidad de hijo de María.

El director sigue entonces con las oraciones litúrgicas. Cuando ha terminado la oración *Praetende, quaesumus, Domine, auxilium famulo tuo*, hace besar a los nuevos consagrados el pequeño hábito de la Santísima Virgen y el oficial de honor se lo coloca en bandolera de derecha a izquierda.

Entonces los beneficiarios se levantan, reciben del director el abrazo de paz, de los oficiales generales el beso fraternal y vuelven a su sitio cantando el *Ecce quam bonum et quam jucundum*. Tienen puesto su hábito durante la misa y comulgan.

Durante la jornada el introductor de probandos les acompañará al director para una visita de agradecimiento, y por la tarde se despedirá de ellos presentándolos a la asamblea pública. Se comprende que tal ceremonial haya podido impresionar a los jóvenes.

Los Padres de familia son recibidos de la misma forma ante toda la congregación en la asamblea pública. Excepcionalmente,

por razones particulares, el director puede dispensar ciertas consagraciones del ceremonial acostumbrado, e incluso fijarlas en días laborables.

Para los jóvenes que por su matrimonio o por su edad pasaban a la rama de adultos, era una simple renovación más que una consagración propiamente dicha.

Entre las Damas del retiro y los jóvenes, la banda blanca era reemplazada por un cinturón rojo sobre el que estaba bordada en blanco esta inscripción: *Compañía de la purísima María y del glorioso San José*. En todas partes se hacían las cosas con espíritu.

Muy a menudo las recepciones, al menos las de las congregantes, coinciden con las fiestas litúrgicas que iluminan periódicamente la vida de las asociadas.

Hasta la reorganización oficial del culto, el P. Chaminade había solemnizado, sin duda, las fiestas de guardar de antes de 1789. Desde 1803 debía tener en cuenta los derechos y la susceptibilidad de las parroquias. Las solemnidades propias de la congregación recibían mayor relieve y mayor valor.

No eran ricos, pero se las ingeniaban; el ímpetu de los corazones suplía a la ornamentación. Los jóvenes celebraban más en especial la Purificación y la Inmaculada Concepción; las chicas, la Inmaculada Concepción y la Anunciación; los Padres de familia Nuestra Señora de los Mártires (el 13 de mayo) y la Natividad de Nuestra Señora; las Damas del Retiro, la Anunciación y la Visitación.

En estas ocasiones cada cuerpo, por medio de su primer jefe, renovaba la consagración mariana. Parece que los jóvenes habían encontrado la idea en el manual de las Aa y esta práctica se había generalizado en toda la congregación. El iniciador había dicho:

Señores, hemos de renovarnos en el fervor y en el espíritu primero que nos hizo volar al pie del altar para consagrarnos solemnemente al honor y al culto de la purísima María. No veo nada mejor para ello que la santa práctica aceptada en otro tiempo en la congregación de Nuestra Señora instituida por los Padres Jesuitas.

Repasando el pasado, el presente no se consideraba inferior. La Inmaculada Concepción era la fiesta por excelencia, la fiesta patronal. El P. Chaminade tenía un amor especial a este misterio. En Mussidan lo había honrado con la recitación diaria del Oficio Parvo. Ante sus congregantes le gustaba sacar de él lecciones de estima de la gracia, de pureza, de confianza en el poder de María sobre el infierno.

El día en cuestión estaba reservado a los jóvenes. Había recepción, renovación, misa y vísperas solemnes con sermón de circunstancia. El Santísimo estaba expuesto toda la jornada. Los sacerdotes congregantes rodeaban al director. Se ofrecía un pan bendito de lujo, que el prefecto debía presentar personalmente a los dos asistentes de la Asociación de Padres y llevar en coche al señor arzobispo. A mediodía el prefecto y sus dos asistentes comían por estatutos a la mesa del director.

Y la fiesta no terminaba con el 8 de diciembre. Cada día de la octava se tenía bendición del Santísimo Sacramento; el domingo y el día de la octava repetían casi toda la solemnidad de la fiesta, un día para las chicas, el otro para las Damas. Subrayaban la fiesta y la fiesta marcaba las almas.

Había cristianos y cristianas de edad madura que no podían, por razones ajenas a su voluntad, asumir todas las obligaciones de los asociados. El P. Chaminade había creado para estas personas la clase de los afiliados. Los afiliados a los Padres de familia, deseosos de «edificarse en las asambleas de padres virtuosos y cristianos, de atraerse la protección de la Santísima Virgen y de procurarse grandes socorros espirituales durante la vida y después de la muerte», se comprometían a recitar todos los días el *Acordaos* y la oración *Oh, Señora y Madre mía*, a asistir a la asamblea general de cada mes y a participar todos los años en la celebración de una de las fiestas de la Santísima Virgen especialmente solemnizadas por los Padres de familia. Las afiliadas a las Damas del Retiro prometían, además de la recitación de las mismas oraciones diarias, asistir todos los meses a uno de los tres ejercicios de retiro y celebrar todos los años la fiesta de la Anunciación. A su vez, afiliados y afiliadas se aseguraban una parte en las oraciones y buenas obras de la congregación. A su muerte, tenían derecho a sufragios especiales durante ocho días y unos –los hombres– a un servicio solemne, las otras –las mujeres– a dos misas de *Requiem*.

Se comprende de inmediato por qué y en qué sentido la vida de los congregantes es esencialmente mariana. Por un lado, los congregantes tienen conciencia de que, como Madre de Dios, María debe recibir en justicia un culto proporcionado a su grandeza: le ofrecen

homenajes directos y personales; la honran. Por otro lado, saben que María no fue hecha Madre de Dios sino para ser asociada a la misión redentora y santificadora de su hijo Jesús: sacando las consecuencias de esta verdad, se esfuerzan por vivir de forma mariana su vida cristiana, rezan marianamente, reciben marianamente los sacramentos, practican marianamente todas las virtudes cristianas de su estado, entrando así plenamente en las intenciones divinas.

Los jefes mantienen la asociación en su camino. A la cabeza de cada sección, los responsables forman un Consejo. El de los jóvenes, el más numeroso, se renovaba al principio cada cuatro meses; a partir de 1803 ya no hay más que dos elecciones al año. La instalación de los oficiales se hace solemnemente durante una reunión pública, un domingo por la tarde. El prefecto saliente y el prefecto elegido van cada uno con su discurso; es una ocasión para puntualizar, registrar los progresos, expresar los fallos y los deseos, recordar el ideal y diseñar programas. El Consejo se reúne cada semana. El de las chicas se convoca solo una vez al mes. Parece que era igual para los de edad madura, donde los dignatarios son elegidos, entre los hombres, o nombrados por el director, entre las Damas del Retiro, por un año.

Desde el inicio de 1803, los antiguos prefectos forman un Colegio, que constituye el consejo habitual del director en todo lo referente a la organización misma de la congregación. Son los guardianes natos del espíritu y de la tradición de la obra. En 1804, junto a Louis Lafargue y Guillaume Darbignac, que pronto se incorporarán de hecho como ya lo están de corazón, al Instituto Lasalliano restaurado, están Jean-Baptiste Estebenet, director de internado, Jacinto Lafon, diácono inquieto, Marcial Renaud Lacombe, Ferlat y Marc Arnozan, los tres pertenecientes al comercio bordelés, y finalmente Bernard Lotis, clérigo de Toulouse; un buen equipo del que ciertos nombres volverán constantemente en la historia de la congregación.

Cada oficial tiene un papel bien determinado y, si es preciso, se lo recuerda un directorio o una instrucción.

Ningún oficio es superfluo, pero parece que ninguno es más importante que el de los jefes de fracción.

Entre los jóvenes se les llama «sustitutos».

En ellos descansa la confianza de la congregación para la conservación, el perfeccionamiento y el crecimiento de su fracción.

A ellos les corresponde «mantener entre los miembros de la fracción la unión y la amistad», «alimentar su fervor», mantener entre ellos «una tierna devoción a la Santísima Virgen», «consolarlos o ayudarlos, si están afligidos o en alguna dificultad». Deben recoger o hacer recoger las suscripciones mensuales y entregar el recibo. Deben anunciar las comuniones generales diez o doce días antes. Tienen que controlar la asiduidad a las reuniones de la congregación e informar al prefecto o al director. Mantienen relaciones estrechas con cada uno de los miembros de la fracción, los ven a menudo personalmente, se informan sobre ellos si faltan a una reunión y muestran la mayor solicitud hacia ellos en caso de enfermedad.

Entre las chicas no se espera menos de las oficiales de fracción. Por medio de ellas quiere Dios preservar de la corrupción del siglo al pequeño rebaño confiado a su cuidado. Las que están convencidas a los ojos de Dios y a los pies de la Santísima Virgen María de la felicidad de haber sido elegidas para ser instrumento de su misericordia y de su amor a la juventud, recibirán con alegría y agradecimiento la ocasión preciosa de trabajar por su gloria y de merecer la recompensa prometida a los cuidados y al celo del servidor fiel que, lejos de enterrar su talento, lo hace valer el céntuplo.

Cada oficiala se apoyará únicamente en la ayuda de Dios y en la poderosa protección de la divina María. Así que recibirá no solo con sumisión a las órdenes de la Providencia sino con gozo el pequeño rebaño que le ha sido confiado. Lo ofrecerá a menudo al Señor para atraer sobre él y sobre ella misma sus bendiciones más

abundantes. En su divina presencia es donde, meditando sus obligaciones, las oficiales recibirán las luces y las gracias que les son necesarias y que, armándose de valor y de una santa confianza, vencerán con sabia y prudente perseverancia las dificultades que se oponen siempre a todos los bienes.

La primera preocupación de una oficiala será unir a los miembros de su fracción entre ellas y ganar su confianza.

Es entonces cuando, hablándoles de forma gozosa y simple de la religión y de las prácticas de piedad, les hará amarlas, les hará temer los peligros de las relaciones mundanas, de los malos libros y canciones, les inspirará el alejamiento de los adornos indecentes y rebuscados y el gusto por una modesta sencillez.

Pronto podrá penetrar en los repliegues de su espíritu y de su corazón, para conocer la causa de las dificultades que muchas experimentan en su familia para practicar la piedad. Se empeñará en vencer los obstáculos que puedan ellas mismas aportar a la libertad que se lamentan de no tener, comprometiéndolas a la suavidad, la sumisión y el trabajo asiduo en sus casas, convenciéndolas de que, si sus padres ven que progresan en lo que puede contribuir a su felicidad, reconocerán la causa y acabarán por desear darles una satisfacción que será ventajosa para todos.

En cuanto a las que quizá viven con personas sin religión, hay que apoyarlas mucho más aún, tratarlas con delicadeza, instruir las y empeñarse especialmente en unirlas estrechamente con las más fuertes y las menos ocupadas, para que puedan verse con frecuencia y que la oficial esté con la mirada mucho más atenta a ellas.

Sería bueno que de tiempo en tiempo la oficial hiciera nacer la conversación sobre el peligro de decidir con ligereza sobre un estado de vida, que las llevara a temer la desgracia que de ello resultaría... Si tiene la confianza de su rebaño, no tomará estado sin comunicárselo, porque vale más prever el momento, ya que para el matrimonio, cuando llega la ocasión es ya demasiado tarde. Es bueno volver mucho sobre esta verdad –para destruir el prejuicio contrario de la juventud– que la modestia, la virtud que se busca en un matrimonio, no está ni en los lugares públicos, ni en los modales desenfadados y desconsiderados como se fija el corazón mismo de los libertinos.

Estaría bien que cada oficial tuviera una ayudante o celadora tomada de su fracción, que la ayudase, la supliese, le rindiera cuentas y que a veces reflexionaran juntas sobre las necesidades de la fracción, tanto para el alma como para el cuerpo,... que se guardase el mayor secreto sobre todo lo que pudiera pasar en la fracción, para que no teniendo nada que temer de ello el amor propio, se conservase entera la confianza en la oficial y en la celadora.

Semejantes directrices suponen almas generosas, que se olvidan de sí mismas, llenas de la mística de la obra. Con una a la cabeza de cada fracción, cada fracción se convertirá, entre los jóvenes o entre las chicas, en un equipo compacto, vivo, alegre y atractivo.

Incluso los postulantes tienen necesidad de buenos jefes de fracción. El puesto de oficial de los postulantes es un honor que la congregación concede al congregante que une una gran asiduidad con las virtudes y que teniendo un carácter amable y unificador puede con facilidad conducir a la fracción que le ha sido confiada.

Para cumplir bien su misión, este congregante debe ser exacto y asiduo a las asambleas de los postulantes; tomará nota de los ausentes a las asambleas de su fracción y verá a estos últimos para que no falten a la sesión siguiente; hablará a los postulantes de las grandes ventajas que se siguen del culto a la Santísima Virgen, los comprometerá a asistir a la misa y hacer la comunión los días fijados para la comunión general. Si descubre algunos flojos o indiferentes, los verá más a menudo y tratará de volverlos al fervor primero.

Debe informar de su actuación al introductor, y verle en particular todos los meses para charlar sobre los medios más apropiados para hacer florecer esta clase.

Si un postulante se porta mal, [el oficial] debe en seguida informar al introductor. Debe asistir a las asambleas a las que el introductor le invita y realizar en lo posible lo que el introductor puede decirle sobre esta clase.

El lenguaje no es el del mundo, pero los textos indican sin error posible que los oficiales de los postulantes tienen en su fracción el papel y la importancia de los sustitutos o las oficiales en la suya.

El director asegura la unidad de esta comunidad dividida y subdividida en numerosos grupos y subgrupos. Es el alma de todo, inspira todo, anima todo. Ninguna reunión se tiene sin su aprobación. Asiste a todas las asambleas generales y le dan cuenta de las asambleas de fracción en las que no ha podido estar. Cuando no habla él mismo, ha revisado el texto de los conferenciantes. No solo es él quien pronuncia la admisión canónica de los nuevos miembros, sino que sin su aprobación nadie es recibido en la congregación. Está presente en todos los Consejos, siendo su consentimiento el que confiere valor a cualquier decisión.

Pero esta autoridad no tiene nada de tiránica, ni mucho menos. Gozando de la confianza de todos, el P. Chaminade se eclipsa discretamente detrás de los diferentes oficiales. Si controla las iniciativas, es que ha comenzado por suscitarlas y animarlas. Nunca preside asambleas ni Consejos: asiste y, si su parecer tiene siempre tanta influencia, es porque lo presenta siempre con un tacto supremo, bajo la forma más apropiada para obtener todos los votos.

Está muy ocupado. Al trabajo de preparación que le impone el mantener las diferentes reuniones de congregantes y las instrucciones que da cada domingo se añaden las numerosas visitas que recibe a todas horas. Es un verdadero padre de familia cargado con las preocupaciones de cada uno de sus hijos. Todos van a él, seguros de ser acogidos, iluminados, reconfortados, ayudados. Su puerta está siempre abierta y su corazón aún más. Tiene 43 años. De buena talla, ancho de espaldas, bien formado de cuerpo, muy afable, de una majestad principesca unida a la mayor sencillez y a un natural más exquisito, y con ello, capaz de saltar al caballo y lanzarse a través de las landas. Es venerado y amado.

Tenemos varios retratos suyos: de todos se desprende una impresión de calma, de perfecta posesión de sí mismo.

El P. Lalanne, que lo conoció desde el principio del siglo, nos lo presenta en estos términos:

Tenía en el más alto grado el talento de ganar los corazones. Fascinaba a aquellos que se le acercaban para recibir sus consejos de dirección, pero ejercía esta atracción con tal candor y tal caridad que todos la sufrían sin siquiera darse cuenta. Por lo demás, era uno de esos hombres en los que la sabiduría y la madurez se adelantan a los años y que parecen desde el principio nacidos para iluminar y conducir a los demás.

Su rostro, de una belleza y una serenidad admirables, recordaba los modelos más hermosos bajo los que se suele representar a Cristo.

Su palabra era muy lenta, un poco dificultosa, pero llena de sentido. Su sensibilidad exquisita se manifestaba por una ligera alteración de la voz y por lágrimas que se deslizaban por sus mejillas; pero la costumbre de contenerse reprimía tan bien sus primeros movimientos que se le consideraba impassible. Sobrio sin austeridad, totalmente retirado del mundo y casi demasiado encerrado en su modesto despacho, los únicos negocios que tenía eran sus obras de celo y su conversación era únicamente de Dios.

Todo lo orientaba a las enseñanzas de la fe: pensamientos, juicios, resoluciones, consejos, acciones; la vida entera, decía, debe estar regulada por la fe, según esta palabra del Apóstol: *el justo vive de la fe*.

Animador de esta comunidad que había creado como comunidad-tipo para una cristiandad de los tiempos nuevos, se siente en su lugar. Sus poderes de Misionero apostólico

deben permitirle extender su acción sobre toda Francia. Al reorganizar las diócesis y las parroquias, Mons. d'Aviau lo nombró canónigo honorario de su catedral.

Aquel día seguro que hubo gran regocijo en el local de la calle San Simeón y podemos apostar que el recién promovido canónigo descorchó sobre la mesa prestada por su fiel Marie Dubourg, para los oficiales reunidos al completo, las mejores botellas de su *Haut-Brion-Saint-Laurent*. Pero lo que le produce la más profunda alegría es el éxito de su iniciativa. El jefe de la diócesis le apoya; cristianos selectos le han comprendido y colaboran con él. Jóvenes chicos y chicas han venido a él por cientos. Es cierto que ha conocido horas difíciles y prevé otras no menos penosas en el futuro. ¡Cuántas transformaciones sociales se han realizado en cuatro años! ¡Cuántos cambios ha habido! ¡Cuántos acontecimientos políticos se han producido tanto a escala nacional como a escala mundial! Sin desviarse del camino que se había marcado en sus meditaciones de Zaragoza, a pesar de las incertidumbres, los temores y las dificultades, ha construido piedra a piedra el centro de una ciudad nueva. El método se revela fecundo.

La instalación en el antiguo convento de las "Madelonnettes"⁵ abre nuevos horizontes. ¡Qué hermosa renovación cristiana se prepara bajo los auspicios de María, si la experiencia se pudiera proseguir, ampliar e irradiar fuera de Burdeos, por toda Francia!



⁵ Nombre popular dado a las religiosas de Santa María Magdalena, última comunidad que habitó el convento y capilla de la Magdalena, hasta la Revolución.